

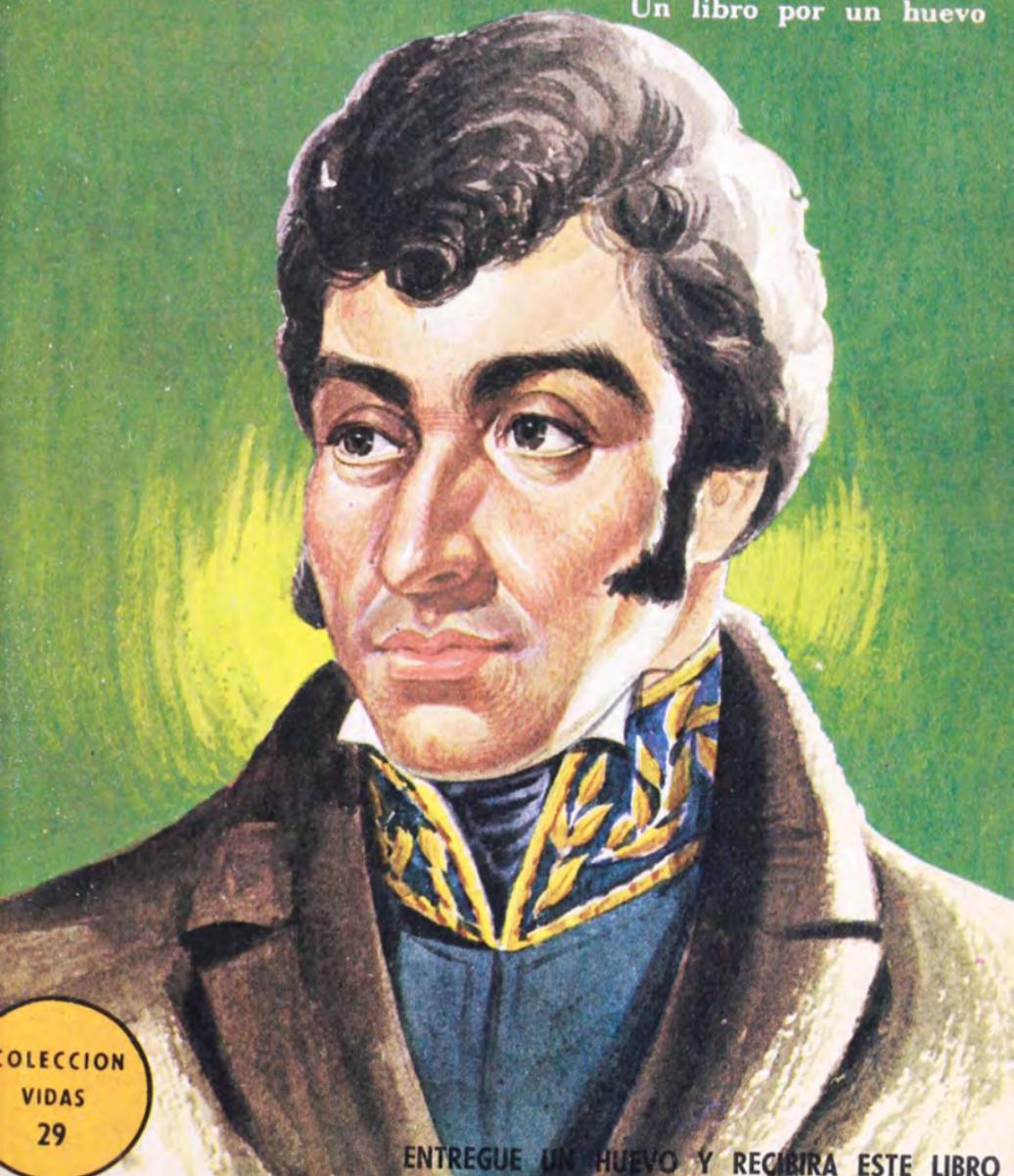
NUESTRO PRECURSOR

(BIOGRAFIA DE DON ANTONIO NARIÑO)

BIBLIOTECA DEL CAMPESINO

ACCION CULTURAL POPULAR

Un libro por un huevo



COLECCION
VIDAS
29

ENTREGUE UN HUEVO Y RECIBIRA ESTE LIBRO

CUANDO USTED LEE
"EL CAMPESINO"
ADQUIERE RIQUEZA

INFORMACION

sobre los hechos

ORIENTACION

sobre problemas
y soluciones

RECREACION

para toda la familia



Esto es lo que da a usted y a la comunidad

"EL CAMPESINO"

Semanario para la cultura y dignificación del pueblo rural.

ENTREGUE UN HUEVO Y RECIBIRA ESTE LIBRO

923.586
N177D1
Ej.3.

B/AA
npr/9pf 9 Mayo/06

**OSWALDO
DIAZ DIAZ**

NUESTRO PRECURSOR

**Biografía de
Don Antonio Nariño**

**BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS-ANGEL ARANGO
CATALOGACION**

A 764817

NUESTRO PRECURSOR

(Biografía de Don Antonio Nariño)

EXPLICACION

Este no es un libro erudito, no está recargado de citas, no es minucioso en los pormenores, no plantea problemas históricos, porque ninguno de esos detalles correspondería con el fin a que está destinado por quien lo escribió y por quienes lo publican. El objeto de él es hacer conocer de muchas gentes sencillas la personalidad y los méritos de Don Antonio Nariño, mostrar las variadas vicisitudes de su vida, hacer ver cuánto trabajó, cuánto padeció y cuánto sacrificó para darnos independencia. No todas sus empresas políticas o militares fueron afortunadas. Era hombre y cometió errores. Pero, como dijo uno de los sacerdotes que lo asistió en sus últimos momentos: "Tenía buenas intenciones".

Para nosotros es el símbolo más acabado de nuestra patria granadina, entre ese gran número de hombres que contribuyó a nuestra independencia. Tenemos por él un amor tan grande, que aspiramos a que lo compartan muchos colombianos, pero que lo compartan después de haber conocido, siquiera sumariamente, la biografía de nuestro Precursor.

CAPITULO I

Para evocar la vida de don Antonio Nariño y para poder apreciar su obra es necesario conocer antes la época en que le tocó vivir y el ambiente en que se desarrolló su existencia. Para lograr esto, aunque sea muy sumariamente, debemos retroceder exactamente dos siglos, ya que Nariño nació en Santafé en 1765.

EL TERRITORIO

Hace doscientos años lo que hoy llamamos Colombia dependía, no solo políticamente sino en todos los aspectos de la vida, de España. La principal autoridad residía como ahora, en la ciudad de Bogotá, que entonces se llamaba Santafé; pero el territorio a que se extendía la jurisdicción del Virrey de Santafé era mucho mayor que el que actualmente constituye nuestra patria. En efecto, además de Colombia, integraban el virreinato la Capitanía General de Venezuela, la Presidencia de Quito, la Audiencia de Panamá; y aun a territorios muy distantes, como

a la costa de Nicaragua, llegaba la autoridad de nuestros virreyes. Este territorio se subdividía en provincias o corregimientos.

Un corregimiento era muy semejante a una provincia, solo que en esta última mandaba un Gobernador y en el otro un Corregidor. Provincias y corregimientos se subdividían en ciudades, villas, parroquias y pueblos. La división en provincias y corregimientos no coincide exactamente con la de nuestros departamentos. En unos casos eran mayores, en otros estaban más subdivididas. En las ciudades, villas y poblaciones, existían los cabildos, formados por el conjunto de las autoridades municipales, regidores, alcaldes, etc. Estos cabildos tenían entonces mucha importancia porque eran el centro de la vida política y de toda la actividad de los vecinos. Los cabildos se reunían ordinariamente en días prefijados, pero a veces tenían reuniones extraordinarias y, en ocasiones muy importantes o cuando se había de resolver asuntos muy delicados o de mucho interés para todas las gentes, se hacía un cabildo abierto, en el cual tenían derecho a participar todos los vecinos.

LAS AUTORIDADES

La ciudad de Santafé, capital del Virreinato, era al mismo tiempo cabeza de la provincia de su nombre. En ella residían las más altas autoridades: en lo administrativo, el Virrey; en lo eclesiástico, el Arzobispo; en lo judicial, la Real Audiencia. Es necesario explicar con alguna detención lo que era esta última.

La Real Audiencia era, ante todo, un tribunal de justicia, formado por varios magistrados que eran llamados oidores; los asesoraban dos fiscales, uno para los asuntos civiles y otro para los criminales, y había un escribano o secretario que manejaba los numerosísimos expedientes y papeles que allí se examinaban. La audiencia disponía de alguaciles para ejecutar sus órdenes. En los comienzos de la época colonial, la Audiencia reunió en ella sola tanto el poder de juzgar, propio de los tribunales de justicia, como el poder de gobernar, propio de los



mandatarios. Más tarde se separan estas dos ramas, la Audiencia conservó sólo su carácter de tribunal de justicia y el gobierno fue ejercido primero por los Presidentes del Nuevo Reino de Granada y luego, por los Virreyes. De todos modos la Audiencia conservó un decisivo influjo y una altísima autoridad como tribunal supremo.

El Virrey tenía una gran suma de poderes en sus manos. Era el gobernador general, ejercía el mando de todas las tropas en su jurisdicción, vigilaba todo lo relativo a las rentas, tesorerías, etc., podía presidir la audiencia y aun tenía sobre los asuntos de la Iglesia no poca influencia, ya que regía entonces lo que se llamaba el patronato regio o intervención del poder real en cuestiones eclesiásticas.

El arzobispo de Santafé tenía bajo su cuidado una enorme diócesis y, además, de él eran sufragáneos los obispos de Cartagena y Popayán. Una de las rentas principales de la Iglesia durante la época colonial era la de diezmos, en la cual tenía participación el gobierno civil.

En el momento del nacimiento de don Antonio Nariño, Santafé no tenía ninguna importancia militar. Como los peligros mayores para la integridad de los dominios españoles provenían de la guerra con otras naciones de Europa, lo importante era defender las costas de un ataque marítimo por parte de las escuadras de los reyes rivales de España o de los piratas que por su cuenta, riesgo y provecho, asaltaban barcos y puertos. Por eso la principal plaza militar, no solo del virreinato sino del mar de las

Antillas, era Cartagena, que estaba defendida con castillos y murallas. Allí existían depósitos y arsenales llenos de municiones, pólvora, fusiles, cañones y otras armas y por eso estaba guarnecida por soldados y protegida por embarcaciones de guerra. En los sótanos de los castillos y baluartes existían bóvedas que se destinaban a prisiones. También Santa Marta tenía su castillo fuerte en la Isla del Morro. En Santafé solo existía una guardia de honor para el virrey, de unos ochenta hombres.

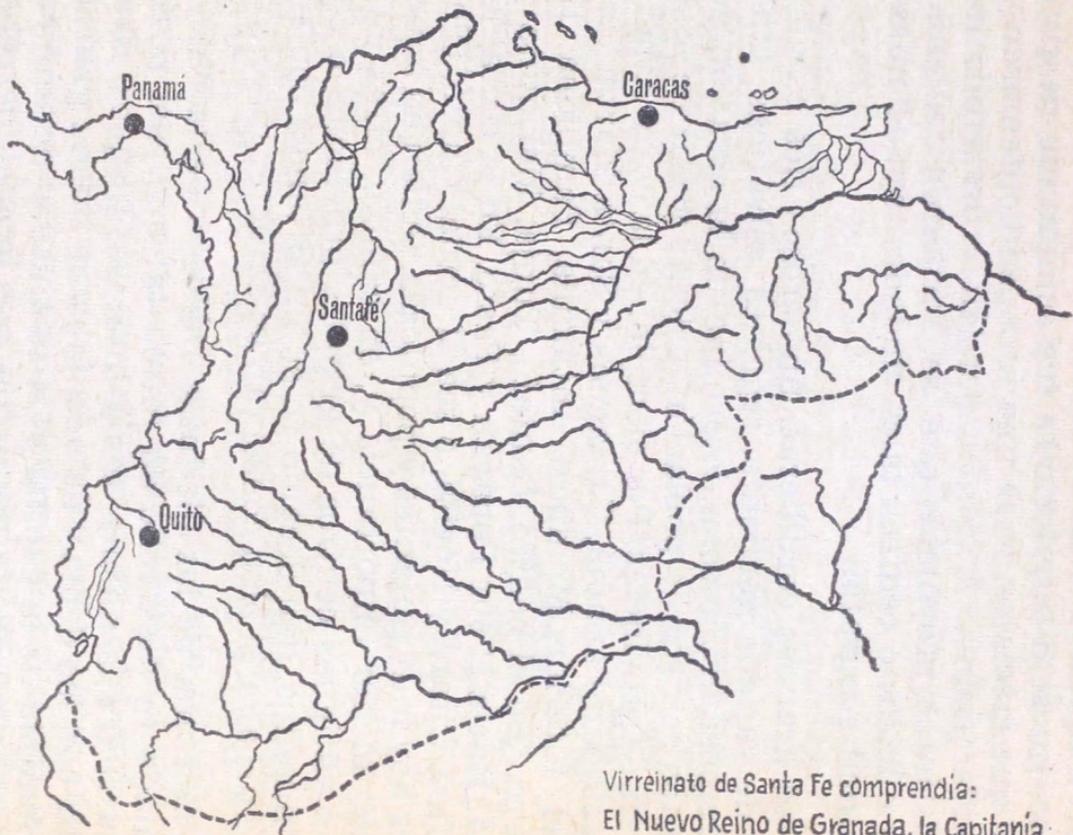
LOS HABITANTES

En el virreinato convivían tres razas: la aborigen, o sean los indios descendientes de los que encontraron los españoles al descubrimiento; la blanca, formada por quienes habían venido de Europa en casi tres siglos y por sus descendientes; y la negra, constituida por los esclavos que se habían traído y se seguían trayendo de Africa para emplearlos en los trabajos más rudos. Pero estas tres razas se habían entrecruzado en una forma tan íntima y complicada que era difícil que en los nacidos en la Nueva Granada no hubiera mezclas más o menos pronunciadas. De los indios y blancos habían provenido los mestizos; de los blancos y los negros, los mulatos; de los indios y los negros, los zambos.

Pero la misma raza blanca estaba dividida en una forma muy definida, no tanto por la sangre o el color, como en cuanto a sus ideas y su actitud ante la vida y ante los integrantes de la otra porción. Por

una parte, estaban los españoles que iban llegando al Nuevo Reino, que no se habían mezclado aun con los nacidos en él y que consideraban que esa calidad les daba especiales derechos, una mayor consideración y los constituía como gente superior y privilegiada, que menospreciaba a los nacidos en el país, aunque fueran de tan limpia sangre como ellos. Se les llamaba popularmente con el nombre de chapetones. Los blancos nacidos en el territorio, descendientes de los antiguos conquistadores o de los que sucesivamente habían venido a poblar la América o de quienes posteriormente habían llegado aquí con empleos o con empresas de comercio, se denominaban criollos. Estos estaban mucho más arraigados al territorio, sus intereses los ligaban a él ya que sus familias llevaban muchos años de establecimiento en el país y habían implantado en él sus empresas de agricultura, de minería, de comercio, tenían afecto por la patria, se preocupaban por su progreso y de sus problemas, se sentían estrechamente ligados por un destino común a la tierra donde habían nacido. En cambio, los chapetones anhelaban volver a España después de haberse enriquecido con sus empleos o sus negocios y carecían de intereses verdaderos y vitales en el territorio donde temporalmente vivían. Sin embargo, disfrutaban de los mayores derechos, para ellos se reservaban los empleos de mayor importancia y estorbaban que los criollos llegaran a posiciones eminentes. Estos dos grupos convivían entre sí pero se miraban con hostilidad y se contraponían en muchas de las ocurrencias de la vida diaria.

LAS REGIONES



Virreinato de Santa Fe comprendía:
El Nuevo Reino de Granada, la Capitanía
General de Venezuela, la Presidencia de
Quito y la Audiencia de Panamá.

Gracias a que la conquista y colonización del país habían empezado simultáneamente por diferentes puntos, nuestro territorio se fue sembrando de ciudades que crecieron cada una independientemente y con vida propia. A esta dispersión y desarrollo de las distintas provincias que se formaron teniendo como núcleos o centros tales ciudades, ayudó nuestra difícil geografía.

Tres grandes cordilleras, numerosos ríos caudalosos de variada vertiente, regiones selváticas y de casi imposible travesía, determinaron la creación de distintos centros de población, asiento y raíz de esas diferentes provincias. Por ejemplo: en la costa Atlántica estaban Panamá, Cartagena y Santa Marta. Hacia el interior, Mompóx, Antioquia, Pamplona, El Socorro. En el centro, Santafé, Tunja, Mariquita y Neiva. Hacia el sur Popayán y Pasto. En la costa del Pacífico, Citará y Nóvita, o sea el actual Chocó. Ciudades hoy muy pujantes y populosas, tenían en aquel tiempo menor importancia y, en cambio, otras ciudades antiguas centros de grandes provincias o corregimientos, han decaído en su importancia comercial y urbana, si bien conservan su carácter histórico.

Cada una de las distintas regiones de la Nueva Granada se desarrolló en forma tal que casi podía bastarse a ella misma, tenía intereses propios, rivalizaba con las demás, no aceptaba de buena gana el predominio de la capital y, si se trataba de una cabecera de provincia, se sentía con iguales derechos que Santafé. Esta relativa autonomía y este pujante desarrollo fueron un beneficio para el progreso de

cada región, pero comportaron un germen de desunión y unos mutuos celos que luego refluyeron peligrosamente en los momentos de la independencia y de la formación de una unidad nacional.

LAS COMUNICACIONES

Entre las ciudades tan distantes entre sí, las comunicaciones eran difíciles y lentas. Por el río Magdalena se deslizaban los champanes, embarcaciones muy rústicas, impulsadas en la bajada por las corrientes del río y en la subida por las palancas de los bogas. Balsas y canoas a fuerza de canaleta cruzaban éste y otros ríos.



Por sobre las altas montañas o a través de las llanuras ardientes corrían los caminos, apenas apropiados para transitar a pie o por medio de caballerías. A veces no eran más que los senderos abiertos desde la época de los indígenas por las pisadas de hombres y bestias; otras veces estaban a medio pavimentar con losas de piedra que formaban peligrosos escalones o que se desmoronaban por obra del invierno. Había pocos puentes de mampostería y en

muchos lugares solo existían tarabitas o cabuyas, como se las llamaba, para pasar de un lado a otro de los atormentados ríos.

A causa de todas estas circunstancias los viajes eran arriesgados, prolongados y peligrosos. Suponía meses subir de la costa a la capital o ir desde Santafé y Quito. Apenas se contaba con posada fuera de las ciudades y pueblos y los viandantes debían llevar consigo las cosas más necesarias. Se explica así que fueran tan pocas las gentes que viajaran y que solo lo hicieran por extrema necesidad.

Había servicio de correos por medio de postas o chasquis, pero no existían los rápidos medios de comunicación que hoy conocemos. Los comerciantes no hacían sus pedidos por correo sino que preferían organizar viajes a Cartagena, a las Antillas o a Europa para traer las mercancías.

LAS INDUSTRIAS



La minería, la agricultura y la ganadería eran las ocupaciones más generales. En la primera, que tenía por centro las regiones del bajo Cauca, del Chocó o de los ríos que vierten al Pacífico, trabajaban sobre todo esclavos negros. Los principales productos agrícolas eran el maíz, la papa, la caña de azúcar, el tabaco y el cacao. En cuanto a la industria, no estaba constituida por fábricas como al presente, sino por talleres u obradores domésticos donde

trabajaban casi todos los miembros de una familia, tejiendo mantas de algodón en telares manuales, adobando el tabaco, fabricando rudimentarios utensilios. De España venían casi todos los productos manufacturados. Por ejemplo, cosas tan corrientes hoy como una botella de vidrio, un vaso de cristal, un sombrero de fieltro o una hoja de papel.

LAS COSTUMBRES

Las gentes vivían una vida más quieta y reposada que nosotros. Su existencia diaria era tranquila, apenas interrumpida por las fiestas religiosas y por inesperadas solemnidades, como las que ocurrían para celebrar el advenimiento de un nuevo rey en España, el nacimiento de un príncipe, las bodas reales o la llegada a la ciudad de un nuevo Virrey o de un Arzobispo. Especialmente solemnes y espléndidas eran las fiestas que se hacían en las ciudades principales con motivo de la jura de los reyes. Lo que pasaba en el resto del mundo, fuera de España y de sus dominios, tenía poca importancia en nuestro país.

Los sucesos parroquiales, las intrigas del Cabildo, los negocios personales y hasta los chismes sociales tenían mayor significación que las distantes guerras o las alianzas entre los soberanos de Europa. Pero esto comenzó a cambiar casi imperceptiblemente después de la segunda mitad del siglo XVIII cuando se

estableció en la Nueva Granada la Expedición Botánica, cuando se comenzaron a publicar en el país algunos periódicos, cuando las gentes más ilustradas se aficionaron a reunirse en tertulias para comentar los hechos o para cambiar ideas y promover una mayor información.

LOS COMUNEROS

Acontecimiento de grandísima importancia y que conmovió todo el territorio neogranadino fue la insurrección llamada de los Comuneros, movimiento de protesta por las alzas de los impuestos y el mal gobierno y que puso en movimiento cerca de veinte mil hombres y mujeres que desde la región del Socorro se encaminaron sobre la capital para exigir sus derechos y un más justo tratamiento de las autoridades. La revolución comunera, triunfante en su primer desarrollo, fue traicionada y engañada por las autoridades que negociaron y aceptaron las exigencias de los sublevados y que después desconocieron lo acordado con ellos y ejercieron una injusta y vengativa represión contra los principales y más decididos jefes del movimiento.

Puede decirse con justicia y con rigor histórico que en ese año de 1781 comienza una época diferente a la Colonia y que algunos llaman con acierto La Época de los Precursores, antecedente de la que llamamos de la Independencia.

CAPITULO II

LOS PADRES



Los padres de Antonio Nariño fueron don Vicente Nariño y doña Catalina Alvarez. Don Vicente había nacido en España, en un lugar de Galicia que se denomina también Nariño. Vino a la Nueva Granada como Contador Oficial Real de las Cajas Matrices del Nuevo Reino, importantísimo cargo relacionado con lo que hoy llamaríamos la administración de la hacienda nacional, y se avecindó en Santafé en 1751.

Por sus méritos y su honradez, después de diez y nueve años de servicio, fue ascendido a Contador Mayor y desempeñó varias comisiones de confianza que le encargaron los virreyes, de modo que llegó a ser uno de los hombres más connotados de la ciudad. La madre de don Antonio fue doña Catalina Alvarez del Casal, hija del Fiscal de la Real Audiencia don Manuel de Bernardo Alvarez. Tenían don Vicente y doña Catalina su casa de habitación en la calle llamada de la Carrera, a cuadra y media de la Plaza Mayor de Santafé, y era suntuosa y bien amoblada. Como el padre de Nariño era hombre aficionado a la lectura, tenía una bien nutrida y seleccionada biblioteca en la que había libros de teología, de derecho, de ciencias, de viajes, de milicia, de religión y de entretenimiento. En esta biblioteca y al lado del padre fueron adquiriendo sus conocimientos los numerosos hijos del matrimonio Nariño Alvarez.

Algunos de estos hijos murieron en la infancia. Sobrevivieron: Don José, don Juan Nepomuceno, don Antonio, don Joaquín, don Manuel, doña María Dolores, don Cayetano y doña Benita. Así pues, nuestro precursor, don Antonio Nariño y Alvarez, fue el tercero de sus hermanos. Era íntimo amigo de don Vicente el señor



don Antonio de Ayala y fue padrino de varios de los niños, entre otros de don Antonio, al que hizo regalos espléndidos.

NACIMIENTO Y ESTUDIOS

Nació don Antonio Nariño en la casa de sus padres, situada donde está el que se llamó Palacio de la Carrera, residencia de los Presidentes de Colombia durante varios años, y hoy sede del Ministerio de Relaciones Exteriores. La fecha exacta de su nacimiento fue el 9 de abril de 1765, aunque por la semejanza de su partida de bautismo con la de algunos de sus hermanos, a veces se han consignado en los libros de historia datos equivocados. Fue bautizado el 14 del mismo mes.

Sobre sus estudios no se tienen muchos datos. Pero ya estamos seguros, mediante la declaración que dio uno de sus condiscípulos, don Cayetano Pontón, que Antonio Nariño cursó con él “las clases de gramática y filosofía en el Real Mayor y Seminario Colegio de San Carlos de dicha ciudad de Santafé”. Ese colegio de San Carlos era el mismo histórico Colegio Mayor de San Bartolomé, que había cambiado transitoriamente su preclaro nombre por el de San Carlos cuando los Padres Jesuítas fueron expulsados de España y de sus dominios por orden del Rey Don Carlos III. El propio Nariño en uno de sus numerosos memoriales habla de “mis primeros años pasados en un colegio a expensas de Su Majestad y al lado de mis virtuosos padres”.

Cursados esos estudios y complementada su instrucción con las enseñanzas de su padre y con las asiduas lecturas que hacía en la muy completa biblioteca de su casa, Nariño se formó una cultura muy amplia, adquirió conocimientos de lenguas extranjeras en grado suficiente para traducirlas y se preparó a una de las profesiones que entonces eran más frecuentadas por los jóvenes de ambiciones, el comercio.

VIAJES Y MATRIMONIO

Vimos atrás que el oficio de comerciante comportaba casi necesariamente la práctica de los viajes y el joven Nariño hizo algunos en la más importante ruta de entonces, o sea entre Santafé y Cartagena. Eso le abrió los ojos hacia otras comarcas y lo puso en relación con las gentes de las varias regiones que iba atravesando. Era curioso, de imaginación viva e inquieto por saber e informarse. Esos viajes, hoy usuales y cortos pero en su época lentos y no exentos de accidentes, le sirvieron para ir formando su personalidad.

Quince días le faltaban para cumplir los veinte años cuando contrajo matrimonio. Hoy podemos afirmar que uno de los sucesos más influyentes y afortunados en la vida de Nariño fue ese enlace, pues fue su esposa doña Magdalena Ortega y Mesa, señora de aquilatadas virtudes cristianas, de un afecto y una abnegación sin límites para su esposo y, ade-

más, de gran fortuna y de destacada posición social. Fue el de Nariño un matrimonio feliz y afortunado y bendecido por Dios con numerosa posteridad.

De los hijos de Nariño y de doña Magdalena algunos tuvieron más significación en nuestra historia que los otros. Sus nombres fueron: don Gregorio, don Francisco, don Antonio, don Vicente, doña Mercedes y doña Isabel.

Tenía Nariño su casa en la Plazuela de San Francisco. Era muy amplia, cómoda y bien alhajada, como consta en el detenido inventario que se hizo de ella y de todas las pertenencias de su familia en el momento de la primera prisión de don Antonio. Tenía salones de recibo y de respeto, gran comedor, numerosas alcobas y piezas de servicio, rico mobiliario y libros, muchos libros, pues Nariño procuró enriquecer la biblioteca que había sido de su padre con nuevas adquisiciones. Habitación importante de la casa era el despacho o escritorio privado de su dueño, lugar a donde solo se permitía la entrada a amigos íntimos.

CAPITULO III

CARGOS EN LA ADMINISTRACION

Aunque la profesión de Antonio Nariño fuera el comercio, no había desdeñado ocuparse de otros asuntos y de participar en la administración pública. Como muchos jóvenes de ese momento, Nariño que entonces tenía diez y seis años, sentó plaza cuando se trató de formar milicias que protegieran a Santafé contra la inminente entrada de los Comuneros. Tenía solo veintitrés años cuando fue elegido alcalde ordinario de Santafé. Como tal asistió a todas las funciones de su cargo y participó en hechos tan sonados como las exequias de Carlos III, la proclamación de Carlos IV y la entrada de dos de los virreyes de Santafé. El mismo se precia de que no hubo queja contra él en la administración de justicia. Como regidor alcalde participó en las juntas de policía y hospicios y se ocupó de asuntos como la carnicería, el hospital, el presidio urbano y el arreglo de las entradas a la ciudad. Así fue adquiriendo conocimientos en la administración y práctica en el

desempeño de cargos públicos, en tanto que su actividad de comerciante lo iniciaba en empresas de exportación y movimiento de mercaderías.

LA TESORERIA DE DIEZMOS

Ya atrás se dijo cómo la renta de Diezmos era una de las más importantes en el período colonial. Pertenece a la Iglesia pero el gobierno civil tenía en ella una cuantiosa participación. La caja de Diezmos era una de las oficinas de tesorería donde se manejaba un mayor caudal y era uno de los cargos más ambicionados. El año de 1789 lo ejercía don Juan Agustín de Ricaurte, quien por su avanzada edad y sus achaques hizo renuncia de él. Nariño, dadas su familia, su ilustración, su simpatía personal y la participación que había tenido en los negocios públicos, había ganado la amistad del Virrey don Francisco Gil y Lemos y este decidió nombrarlo Tesorero de Diezmos con calidad de interino. Acaso fue esta una de las últimas medidas de Gil y Lemos, quien estaba muy próximo a entregar el mando a su sucesor en el virreinato don José de Ezpeleta.

Los señores canónigos de la Catedral metropolitana, que formaban el Cabildo Eclesiástico, opinaban que el nombramiento de Tesorero de Diezmos, tratándose de una renta de la Iglesia, era de competencia de dicho cabildo y reclamaron de la elección hecha por el virrey en Nariño. Pero Ezpeleta confirmó a este como Tesorero interino y los ca-

nónigos tuvieron que aceptarlo así, aunque reservándose el derecho de alegar y sosteniendo que el nombramiento en propiedad sólo podía hacerlo el Venerable Cabildo. En virtud de todos estos antecedentes, el día 7 de agosto de 1789 libró Ezpeleta el nombramiento para que Nariño entrara inmediatamente a ejercer la Tesorería provisionalmente, en tanto que se sometían al Rey las alegaciones de los canónigos.

Para poder recibir la caja y para entrar en el desempeño de sus funciones, era necesario que el nuevo tesorero afianzara su conducta a satisfacción de los oficiales reales y cumpliera otros requisitos ante la Junta de Diezmos y el Cabildo Eclesiástico. Nariño encontró fácilmente los fiadores exigidos a satisfacción de todos y entró en el cargo de Tesorero interino, mientras iba adelantándose el pleito de oposición del Cabildo Eclesiástico.

La caja de diezmos movía un monto de más de quinientos mil pesos. Estas sumas no estaban inertes en las arcas de la oficina sino que el tesorero debía ponerlas en giro con el fin de que produjeran una renta. Lo usual era que se dieran a préstamo con muchas seguridades y que así rindieran interés en beneficio de quien los administraba y de los mismos diezmos. Al tesorero correspondía estar siempre dispuesto a dar cuenta de las cajas, a responder de que en ellas estuvieran los fondos recibidos o los comprobantes de su giro, a reponer los faltantes y a entregar la caja a completa satisfacción del cabildo y de la junta en el momento de cesar en sus funciones.

LAS INICIATIVAS ECONOMICAS DE NARIÑO

Nariño no tenía un concepto igual al de los antiguos tesoreros que habían manejado las cajas antes que él. Pensaba que ese dinero daría mucho más fruto y traería más beneficios si se empleaba no en tímidos préstamos sino en más arriesgadas empresas, tales como exportación de frutos del país. Así no solo habría un provecho para la renta sino que el comercio recibiría un decisivo impulso. De todos modos ahí estaba él con su fortuna personal y la de su mujer y con el respaldo de sus fiadores para responder de todo evento.

Hoy día los médicos cuentan con muchos medios para combatir la fiebre. En la época de Nariño solo se conocía un remedio eficaz contra las calenturas, contra lo que hoy llamamos paludismo y entonces se denominaban tercianas o cuartanas, y ese remedio era la corteza de quina. Y la maravillosa planta parecía que hubiera escogido por único sitio para su producción el territorio dependiente del Virrey de Santafé, bien en la presidencia de Quito o en el Nuevo Reino de Granada. De todo el mundo se solicitaba la quina y la quina tenía que producirse y beneficiarse en jurisdicción del virreinato. Los trabajos de la Expedición Botánica y de otros científicos habían demostrado que la quina se producía casi en las inmediaciones de la ciudad, en las montañas de Fusagasugá y en otros sitios igualmente próximos y que resultaba tan buena como la de Loja en el Ecuador. Ahí vio Nariño un adecuado empleo

para hacer fructificar los fondos de la Tesorería y se dedicó a la exportación de quina en muy apreciable cantidad. Pero también los azúcares, el cacao, el tabaco y los cueros eran artículos que se producían en la Nueva Granada y que tenían comercio exterior. Pronto los negocios de Nariño crecieron, tuvo corresponsales y agentes en Cartagena, en Veracruz, en La Habana, en Cádiz y exportaba hacia Europa sus cargamentos. Era un negocio arriesgado y lo emprendió sin experiencias suficientes y acaso con bastante temeridad. Pero de acuerdo con las prácticas fiscales de entonces en las Tesorerías y Cajas, no era delictuoso ni significaba mala fe.

Los señores canónigos ganaron el pleito y vino sentencia de España de que el nombramiento del Tesorero de Diezmos en propiedad correspondía al Cabildo Eclesiástico y no al Virrey. Por tanto Nariño debía entregar su tesorería y responder de las cajas a satisfacción de la Junta de Diezmos, de los Oficiales Reales y del Cabildo Eclesiástico. Así lo hizo sin que hubiera lugar a reparos.

Debía nombrarse Tesorero en propiedad. Los señores canónigos se preparaban a hacerlo cuando Nariño se presentó a solicitar el cargo, ofreciendo garantías mucho mayores que las usuales y presentando fiadores numerosos y muy abonados, pues muchos caballeros de los más ricos de la ciudad se prestaron a darle su respaldo, vinculándose así en cierta forma a las operaciones mercantiles que Nariño había lanzado. Ante tales fianzas y abonadores el Cabildo Eclesiástico hizo a Nariño Tesorero en propiedad.

CAPITULO IV

LA TERTULIA



Para el año de 1793 Nariño era uno de los personajes más afortunados de Santafé y uno de los más influyentes. Tenía amistad personal con el Virrey Ezpeleta y con otros importantes funcionarios, sus negocios se extendían hasta España, su casa era una de las mejores alhajadas y más concurridas de Santafé. Su esposa era una de las señoras más ricas y virtuosas y ya habían nacido cuatro hijos varones de su matrimonio. Además de la

Tesorería y de otros negocios, había adquirido una imprenta y tenía licencia del gobierno para publicar

sus impresos. Su rica biblioteca, aumentada constantemente con nuevos libros y con publicaciones periódicas, era un atractivo para las gentes cultas. Por todas estas circunstancias su hogar vino a convertirse en un centro cultural al cual concurrían personas de mucho mérito como el doctor José Antonio Ricaurte, los hermanos Azuolas, el doctor Francisco Antonio Zea, el médico Froes, don Luis de Rieux, a veces don Pedro Fermín de Vargas, quien había vendido parte de su biblioteca a Nariño, y otros caballeros. Doña Magdalena recibía a las señoras, en tanto que Nariño se encerraba con los hombres en su despacho particular que habían dado en llamar su **Santuario**, pues allí conversaban en mucho secreto de cosas que no podían comentarse abiertamente en público sin caer en sospecha de las autoridades.

¿Cuáles eran los temas sobre que discurrían aquellos señores? Dos acontecimientos que habían cambiado el curso de la historia habían ocurrido hacía pocos años. Uno, la independencia de las trece colonias inglesas de Norte América, que se habían separado de la metrópoli en 1776 y habían constituido una nueva nación con el nombre de los Estados Unidos de América, dando ejemplo a los demás pueblos del continente americano de que era posible romper los vínculos que los ataban con España y obtener su reconocimiento como naciones soberanas e independientes. El otro gravísimo suceso había sido la gran revolución ocurrida en Francia a partir del año de 1789. Esta revolución había destruido una de las más antiguas jerarquías de Europa, íntimamente ligada

con España, y había destronado a un rey, sometién-
dolo a juicio y dándole muerte en cadalso. Francia
había substituído el gobierno de los reyes, que se es-
timaba de derecho divino, por una república cuyos
magistrados y autoridades eran elegidos por el pue-
blo. Se había formado una Asamblea Constituyente
y esta había dado una Declaración que establecía los
derechos del hombre y del ciudadano, enfrentándo-
los a los derechos de los reyes y a los privilegios que
existían antes de la revolución. Se reconocían la li-
bertad, la igualdad, la propiedad, se rechazaban los
privilegios, se repudiaban las detenciones arbitrarias
e injustas y se reconocía el derecho del pueblo a ex-
presar su voluntad por medio de los representantes
que él mismo eligiera. Todas estas cosas son hoy
admitidas y corrientes y se hallan consignadas en
nuestra constitución nacional y reconocidas inter-
nacionalmente por los grandes organismos que han
formulado lo que se llama declaración de los dere-
chos humanos. Pero en la época en que se reunían
en secreto Nariño y sus amigos, eran novedades re-
putadas como subversivas y peligrosas por el estado
español. De todos modos, el ejemplo de los Estados
Unidos era un estímulo poderoso para aquellos pa-
triotas y ya comenzaban a hablar de una patria li-
bre y de una nueva nación que apareciera a la vista
del mundo. Los libros y papeles que recibía Nariño
y las ideas filosóficas de que se había impregnado
eran el punto de partida de aquella agitación, to-
davía discreta y reducida al espacio de un salón pri-
vado. Pero era el germen de la independencia el que
allí estaba sembrando Nariño.

LA IMPRESION DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE

Uno de los oficiales de la propia guardia del Virrey, el Capitán Ramírez de Arellano, prestó a Nariño un libro en francés. Era una historia de la Asamblea Constituyente de Francia. Nariño lo leyó con avidez y allí halló transcrita la declaración de los Derechos del Hombre hecha por dicha Asamblea. En 17 artículos se consignaban los



principios que ya referimos. Nariño entusiasmado hizo una inmediata traducción de ellos y luego dio un paso decisivo al resolver imprimir tal traducción en su propia imprenta y hacerla circular entre sus amigos. Sabía bien a qué se exponía y por eso hizo la impresión en secreto, escogiendo un día de fiesta en que nadie iría a la imprenta y valiéndose solo del impresor, don Diego Espinosa y de un mozo de la imprenta, ignorante y lerdo que nada sospecharía.

Esa fecha, aun imprecisa entre los últimos días de 1793 y primeros de 1794, es de las más significativas en la historia de nuestra patria. Espinosa declaró que el original manuscrito era de propia letra de

Nariño y que este había ayudado en las labores de la impresión, haciendo algo así como ochenta ejemplares del peligroso impreso.

Comenzó el papel su misteriosa carrera, circuló por varias ciudades del país, como lo hicieron costar en el proceso, pero a la hora de iniciar la causa contra Nariño, las autoridades no pudieron presentar ni un solo ejemplar que sirviera de cabeza al expediente que estaban formando. Eran días tranquilos los de comienzos de 1794 y el pliego subversivo pudo circular sin mayor sospecha de nadie, regando las ideas de libertad en nuestro suelo. Por este solo hecho, Nariño tiene bien merecido el dictado de Precursor de la Independencia.

CAPITULO V

LOS PASQUINES

Las autoridades españolas habían intentado mantener aisladas sus provincias de América de las inquietantes noticias de la revolución que agitaba a toda Europa. Pero la corriente de las ideas y el flujo de las informaciones son imposibles de detener y, no solo en la tertulia de Nariño y en la que se reunía en casa de la distinguida señora doña Manuela Santamaría de Manrique, se comentaban las novedades políticas, sino que en los mismos colegios de la capital, sometidos a estrecha vigilancia de las autoridades, se trataban parecidos temas y la palabra libertad comenzaba a sonar en todas partes.

En el histórico Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario había algunos ejercicios literarios y filosóficos, en los cuales los alumnos más aventajados presentaban composiciones sobre diversos temas. En una de estas competencias literarias el joven José Angel Manrique, hijo de la señora que atrás nombramos, presentó un escrito que fue premiado pero que resultó sospechoso, tanto que el mis-

mo virrey Ezpeleta solicitó los originales del trabajo para examinarlos. En las celdas del colegio, en conversaciones de amigos, otros estudiantes más resueltos tramaron un plan a la vez divertido y peligroso, el de fijar en las esquinas de la ciudad, aprovechando de la quietud de la noche y de la soledad de las calles, unos pasquines o escritos difamatorios de protesta contra la Audiencia. Este altísimo tribunal, alarmado con tales desmanes, emprendió la averiguación del delito para hacer un ejemplar castigo de los responsables. Así se abrió un primer expediente contra los pasquineros.

Pero la madeja se fue desenredando, se practicaron rondas en los colegios, se hicieron pesquisas y se recibieron denuncias. Se averiguó que los estudiantes mantenían en su poder libros peligrosos y se entretenían en charlas políticas atrevidas. Algunos de ellos fueron puestos en prisión y se trató de sacarles la verdad apelando a los procedimientos judiciales de aquella época, entre los cuales se incluía el tormento. Una segunda causa por sedición comenzó a instruirse y muchas familias de las principales de Santafé tuvieron que sufrir al ver a sus hijos encerrados en los calabozos de los cuarteles y tildados de tan grave delito.

En tal ambiente de sospecha, de delaciones y denuncias, no faltaron hombres oscuros que quisieran congraciarse con el gobierno soplando a los oídos de los investigadores toda clase de rumores y de sospechas. Uno de estos espontáneos delatores se nombraba Francisco Carrasco y llevó la información de que había visto un papel sedicioso publicado por

Nariño en su imprenta llamada Patriótica. La Real Audiencia, ocupada ya en las otras dos causas, se vio precisada a abrir una nueva por publicación de papeles sediciosos, en la que aparecía como reo don Antonio Nariño. Para instruir este nuevo sumario fue comisionado el oidor don Joaquín Mosquera y Figueroa, quien había tenido con Nariño algunos incidentes cuando este ejercía las funciones de Alcalde. Al comenzar la agitación por la aparición de los pasquines, Nariño había ocultado algunos de sus libros y había destruído los ejemplares de la Declaración de los Derechos del Hombre que aun quedaban en su poder. Por esto la Audiencia no pudo sorprender ningún pliego de tal publicación para utilizarlo como cabeza del proceso.

LA PRIMERA PRISION

Súbitamente, el día 29 de agosto de 1794, se presentó el oidor con sus subalternos en casa de Nariño, le intimó la entrega de todos sus papeles, le exigió las llaves de todas las habitaciones y lo dejó preso con centinelas de vista. Ordenó también la prisión de don Diego Espinosa y se hizo registro en la Imprenta Patriótica. A estas dos prisiones siguieron otras de personas que habían tenido el impreso en sus manos. Iniciada la causa, Nariño fue trasladado a una celda del cuartel de Caballería en calidad de incomunicado y acusado del gravísimo delito de lesa majestad.

Naturalmente todos aquellos complicados y vastos negocios que había emprendido quedaron abandonados de repente y se desplomaron de un golpe. Personas que antes se disputaban la amistad de Nariño y de su familia, ahora la rehuían y les volvían las espaldas, temerosas de que se les creyera complicados en una causa de estado. Los señores del Venerable Cabildo vieron en peligro los caudales de los diezmos, y como Nariño no podía responder por ellos, volvieron su reclamo contra aquellas ricas e influyentes personas que le habían servido como fiadores y se hicieron pagar por ellas. Todas estas familias que vieron agotados o muy disminuídos sus bienes por esta causa, se convirtieron en detractores del desgraciado don Antonio.

La suerte cambió repentinamente para doña Magdalena Ortega de Nariño. Preso su marido y embargados los bienes, la que antes era señora riquísima y muy considerada se vio convertida en una pobre mujer que tenía que hacer frente a la miseria y al descrédito de su marido y que debía impetrar el favor de sus parientes o malvender sus personales atavíos para sustentar esos cuatro niños, de los cuales el menor apenas pasaba de los dos años y el mayor no llegaba aun a los diez. Además había que mover todos los recursos para defender a don Antonio del gravísimo cargo de sedición que lo hacía traidor al rey y reo de las más duras penas.

El doctor don José Antonio Ricaurte tomó a su cargo la defensa. Sus alegatos tendían a probar que las mismas ideas que contenía la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, traducida e

impresa por Nariño, eran publicación y lectura corriente en España, donde los diarios difundían tales ideas. También trató de demostrar en sus escritos de defensa que tales ideas no eran peligrosas ni atentatorias contra la soberanía española. A los ojos de los magistrados de la Audiencia tales alegaciones del doctor Ricaurte resultaron tan peligrosas como las mismas de Nariño, y el ilustre abogado fue sometido también a cruel prisión, tanto más grave para él cuanto que su edad y sus achaques no le permitían soportar tan fuertes padecimientos.

Sustanciadas las tres causas, los reos principales fueron remitidos a España con las mayores seguridades. Figuraban entre los remitidos: Francisco Antonio Zea, Sinforoso Mutis, José María Cabal, Pedro Padilla, Enrique Umaña, José de Ayala, Ignacio Sandino, Manuel Antonio Froes, Bernardo Cifuentes, Luis Rieux y Antonio Nariño. Dolorosísimo debió ser para este último el despedirse de los suyos, sabiendo que los dejaba en extrema necesidad y que contra ellos se volverían los rencores y las críticas de quienes se veían arrastrados a la ruina por culpa suya.

EL VIAJE

De Santafé los reos fueron conducidos a Cartagena, donde debían embarcarse con destino a España. A Nariño y a otros de los comprometidos les tocó hacer la travesía en el navío llamado el San Gabriel. Para asegurar más la conducción, se aplicó la formalidad llamada partida de registro que obligaba

al capitán a emplear estrictas precauciones para evitar la fuga de los presos confiados a su cuidado.

Encerrados hicieron el comienzo de la travesía, pero cuando se hallaban en alta mar se les dio cierta libertad para recorrer el barco y Nariño pudo enterarse por azar de que en las listas se había omitido su nombre. Viajar de Cartagena hasta España era entonces una lenta navegación, sujeta a los caprichos del viento y a los riesgos del mar. Por fin aparecieron a los ojos de los viajeros las costas de Europa y se perfiló ante ellos el puerto de Cádiz, importantísima ciudad que era el punto habitual de contacto entre América y España.



Los barcos que arriban a un puerto tienen que someterse a variadas formalidades antes de que se les permita atracar a los muelles y desembarcar sus pasajeros y su carga. El San Gabriel no pudo completar tales formalidades en el día mismo de su llegada y tuvo que aguardar a la mañana siguiente para hacer el atraque. Numerosos botes, faluchos y otras pequeñas embarcaciones se aproximaron al navío. Si Nariño no hubiera tenido ese tem-

peramento aventurero y resuelto, hubiera dejado pasar esta oportunidad en verdad inesperada y feliz. Persuadió al patrón de uno de esos barquichuelos y sin equipaje, prófugo, sin otros recursos que los muy escasos que podría tener en su bolsillo, confiado en su estrella y en sus dotes personales de simpatía, con una audacia sorprendente, descendió al falucho y se dirigió a la ciudad desconocida para él.

Sus negocios de quinas y otras exportaciones le habían puesto en correspondencia con comerciantes de Cádiz. Inesperadamente se presentó a uno de ellos, lo convenció en su favor, acaso le ocultó la verdadera causa de su presencia en España y esa misma noche, en uno de los coches que hacían la línea de postas a Madrid, emprendió el camino hacia la capital de la monarquía española. Con este paso se hacía aún más culpable a los ojos de la justicia pero se hallaba en libertad y eso era lo que para él contaba en ese momento.

No nos explicamos hoy cómo vivió Nariño en Madrid, sin recursos que nosotros sepamos y en medio de una ciudad donde a cada paso podía ser requerido por la policía en su calidad de fugitivo. Pero no solo vive sino que se hace a relaciones y logra seguir de cerca en los tribunales el camino que lleva la causa por la que ha sido preso. Cuando ve que es inminente su captura, huye velozmente y se refugia en Francia. En este momento ha muerto para siempre el comerciante don Antonio Nariño y ha nacido el Precursor de nuestra independencia.

De aquí en adelante sus días estarán dedicados a servir a la patria o a sufrir por ella.

CAPITULO VI

EN BUSCA DE AYUDA PARA LA INDEPENDENCIA

Tres grandes potencias se repartían entonces el predominio del mundo: Francia, Inglaterra y España. Si una de ellas se debilitaba, ganaban ventaja las otras dos.

Los promotores de la independencia de América confiaban en obtener ayuda de Francia o de Inglaterra, pues a estas les resultaría un doble provecho. El primero, desmembrar el gran imperio español y privarlo de riquísimos y prometedores territorios; el segundo, abrir a su propio comercio toda esa gran parte del continente americano que hasta ese momento había estado sometida a un exclusivo monopolio mercantil de los españoles. Por eso en aquellas dos naciones aparecieron misteriosos agentes de los patriotas de las diferentes colonias españolas: mexicanos, granadinos, venezolanos, peruanos, chilenos, argentinos. Eran conspiradores perseguidos por la policía secreta de España que conocía sus an-

danzas y mantenía espías entre los mismos revolucionarios.

Desde el 14 de julio de 1789, día en que el pueblo de París destruyó la gran prisión de estado llamada La Bastilla, hasta cuando arribó Nariño a aquella ciudad en 1795, muchas novedades y cambios se habían experimentado en Francia. La revolución triunfante había depuesto la monarquía, reemplazándola por una república, el rey y la reina habían sido ejecutados en la guillotina y a ellos siguieron los nobles. Después de los nobles la revolución se volvió contra sus propios hombres y una orgía de sangre se desencadenó en toda la nación. Hubo varias formas de asambleas, se ensayaron distintos sistemas de gobierno, se rechazaron invasiones extranjeras y se libraron sangrientas guerras. Por fin sobrevino un período de relativa calma y se instaló un gobierno plural llamado el Directorio.

Nos cuesta trabajo hoy explicarnos cómo logró Nariño viajar y sostenerse entonces. Su fortuna se había desmoronado con su prisión y el embargo de sus bienes, pero viaja y se hace a importantes relaciones. Uno de los miembros del Directorio era Tallien. Nariño obtuvo una entrevista con él, le pidió la ayuda económica y militar de Francia para nuestra independencia a cambio de jugosos privilegios comerciales. La idea pareció cuajar al comienzo pero luego se desvaneció. Entonces resolvió tentar fortuna en Inglaterra. Allí estableció contacto con el Ministerio de Negocios Extranjeros y recibió una con-

trapropuesta. La Gran Bretaña ayudaría con barcos, fuerzas, municiones y dinero pero a cambio de que las antiguas colonias españolas pasaran a serlo de Inglaterra. Nariño rechazó de plano tan atrevida y humillante proposición, pero dejó establecidas valiosas relaciones con personas importantes y regresó a Francia. Ninguna de estas andanzas había escapado a los agentes del gobierno español.

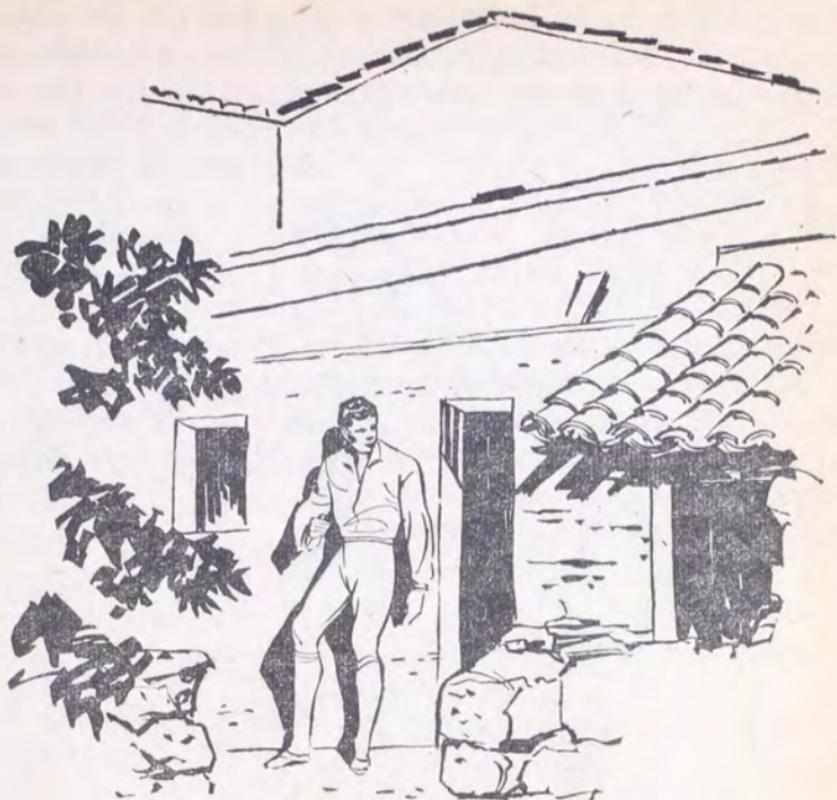
Sea que la ausencia de los suyos y la nostalgia de la patria lo impulsaron o que considerara terminada su misión en Europa, Nariño emprende el regreso a América, a sabiendas de que está exponiendo su libertad y acaso su vida al volver a pisar territorio sometido a España.

EL REGRESO

En Francia se embarca con destino a las Antillas inglesas y francesas por donde discurre un tiempo. Afortunadamente para él, sus huellas se confunden con las de don Pedro Fermín de Vargas, otro granadino que anda tras las mismas empresas libertadoras, y Nariño puede pasar un tiempo inadvertido.

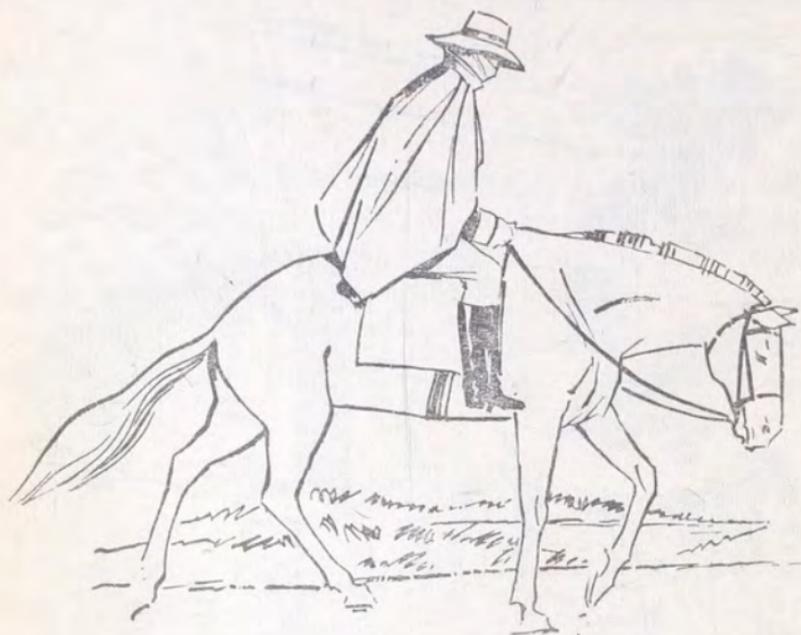
Bajo disfraz, con nombre supuesto, viajando con precauciones, pasa a Venezuela. Por Bailadores y la Grita llega otra vez al territorio de su patria. Cúcuta, Pamplona, Tequia, Cerinza, Tunja, son las etapas que lo acercan a la ciudad de sus amores.

Se hospeda en las casas curales y donde ve ambiente propicio y discreto y enuncia sus ideas, des-



envuelve sus planes de independendia, así va regando la simiente de la libertad a su paso. De Tunja sigue hacia Chocontá. Infortunadamente en uno de los ventorrillos de las últimas jornadas se ha encontrado con don Manuel Mendoza. Nariño viene caballero en una mula pequeña, trae sombrero blanco de primera, bota fuerte, ruana blanca y se cubre el rostro con un pañuelo de seda. A pesar de este dis-

fraz, Mendoza lo reconoce y da parte a las autoridades. El Oidor don Juan Hernández de Alba sabe bien que uno de los primeros pasos de Nariño será



buscar a su esposa e inmediatamente pone dos espías: Andrés Barros y Francisco Carrasco, a que celen todos los pasos de doña Magdalena Ortega. De noche, esquivándose a los agentes de Alba, Nariño logra entrevistarse con los suyos, pero es un encuentro fugaz, amargado por la zozobra, y otra vez emprende viaje. Se dirige entonces a tierras de Tunja, Vélez y Girón. Es la misma región donde quince años atrás había estallado la revolución comunera y todavía quedan allí rescoldos de esa insurrección que

Nariño piensa en avivar. Pero no es aun tiempo, regresa a Santafé y acosado por sus perseguidores resuelve entregarse voluntariamente.

Es doña Magdalena quien busca una entrevista con el señor Arzobispo Martínez Compañón para que éste trate con el Virrey de la entrega de Nariño y obtenga un trato benigno para él. Se tramita el asunto discretamente y de brazo de su esposo y del secretario del arzobispo, Nariño se presenta en el palacio virreinal la noche del 19 de julio de 1797. Inmediatamente se le envía prisionero al Cuartel de Caballería, donde queda encerrado. Se le exigen declaraciones y confesión de cuanto hizo en Europa. Hábilmente relata aquellos hechos de que nadie sino él puede salir perjudicado, pues las gentes que nombra se hallan en el extranjero fuera del alcance de las autoridades españolas. Tan vagas son las noticias que da que se le exige que amplíe sus declaraciones. Nariño lo hace en la confianza de que una vez surtidos todos esos trámites va a quedar en libertad. Pero es un engaño y las puertas de la prisión se mantienen cerradas sobre él.

CAPITULO VII

LA SEGUNDA PRISION

Es una celda estrecha la que se le destina y muy contigua a los servicios comunes del cuartel, se le sirve el rancho de la tropa, se halla privado de sol y de aire limpio y afligido moralmente por su cautividad y la suerte de los suyos. Así termina ese año de 1797 y se siguen otros dos. Ha amanecido el nuevo siglo y Nariño sigue preso en su estrecha celda. Su salud ha decaído y se inician los primeros síntomas de una terrible enfermedad, la tuberculosis. Las condiciones deplorables en que se halla hacen que esta progrese rápidamente. Así pasan los años de 1800, 1801 y 1802. Doña Magdalena, tan llena de virtudes, tan leal y tan abnegada, lo visita, trabaja por aliviarlo y dirige memoriales a las autoridades, recordando que la entrega de Nariño fue voluntaria y que se le prometió libertad.

Tan grave llega a ser el estado de salud de Nariño que pone en cuidado a sus mismos carceleros,

pues puede morírseles entre esas cuatro paredes. Tres eminencias médicas: el doctor Sebastián López Ruiz, el Padre Miguel de Isla y el doctor José Celestino Mutis examinan al prisionero con toda la minuciosidad necesaria y sus dictámenes son acordes. Del que firman los tres es este párrafo: "...no solo se ha resistido la enfermedad primitiva sino que ha continuado haciendo mayores progresos y complicaciones. No es de extrañar tal rebeldía en consideración a las funestas circunstancias que han concurrido en el paciente, porque a su pecho mal conformado y predispuesto desde la infancia a tales enfermedades, se le ha reunido la desgracia de su dilatada prisión que le ha privado en más de cinco años de los más poderosos auxilios del ejercicio moderado, la equitación y salubridad de los aires rurales, obligado al contrario a los funestos efectos de la vida sedentaria, impureza de los aires del cuartel y a las tristes imaginaciones de su dilatado encierro, de cuyas reflexiones hemos deducido finalmente la decisión del tercer punto, asegurando la necesidad absoluta de sacarlo de la prisión, conduciéndolo al campo, donde pueda ser socorrido con los últimos auxilios que prescribe la medicina, y evitar al mismo tiempo el influjo de las causas que lo han perjudicado en su prisión".

Pero, a pesar de tan terminante parte facultativo, todavía quedan diligencias que cumplir. El oidor Alba pidió que "en las inmediaciones de esta capital señale (el virrey) la estancia a donde debe trasladarse, escogiendo entre las que hay aquella que sea más

conveniente; que Nariño dé la correspondiente fianza con dos sujetos de conocido arraigo, abono y conducta, los cuales se obliguen a responder de la seguridad de su persona y de entregarla a disposición de Vuestra Excelencia; que en la traslación y permanencia de la estancia le acompañe la persona que merezca la confianza del gobierno y que esta cele la conducta y operaciones de Nariño evitando tenga comunicaciones, dando oportunamente los avisos que sean conducentes según las circunstancias que ocurran”.

Dio Nariño como fiadores a don Juan Vergara y al doctor don Andrés Otero y señaló como su médico al doctor López Ruiz. Por su parte, el gobierno escogió al sargento de alabarderos don Juan González para que acompañara permanentemente a Nariño y, por fin, en mayo de 1803 pudo salir de su pestilente calabozo para ir a bien morir a la Estancia de Montes. El doctor López Ruiz lo examinaba, según lo ordenado, pero muy pocos progresos podía anotar en la recuperación de su enfermo.

EL MILAGRO DEL CAMPO

En 1803 Nariño tenía 38 años y el campo y la relativa libertad obraron un milagro, el de devolverle la salud. Pero no fueron solamente ellos los autores de este prodigio. Doña Magdalena y su tío el doctor Francisco de Mesa, generosísimo sacerdote, cura de Turmequé, cooperaron eficazmente en su realización. Ella con sus solicitudes, sus cuidados y su cariño y él poniendo a disposición de Nariño dineros



para que pudiera emprender en algunas labores agrícolas. La Milagrosa se llamó la pequeña estancia a orillas del rumoroso y entonces limpio río de Fucha donde Nariño convaleció en medio de la naturaleza, metiendo a sus averiados pulmones el aire limpio de la sabana que los remozaba, tomando sencillos pero apropiados manjares, rodeado del afecto de los suyos, ocupándose en los trabajos de la pequeña propiedad. Quiere poner orden en sus papeles y en sus cuentas y satisfacer a sus fiadores, que se han puesto de acuerdo para solicitar del gobierno que se permita a Nariño entrar a administrar los restos de su fortuna, pero hasta este punto no alcanza la benignidad del oidor Hernández de Alba.

Pasa así seis años tranquilos que son como la compensación de esos otros seis de sufrimientos y enfermedad que soportó en su prisión. Pero esta modesta felicidad doméstica y campesina no puede ser duradera en los destinos de un hombre tal como Nariño.

LA INDEPENDENCIA SE APROXIMA

Acontecimientos ocurridos en España van a tener una rápida repercusión entre nosotros. La monarquía había entrado en un período de decadencia, crisis y descrédito. Los reyes se habían entregado completamente en manos del favorito Manuel Godoy; dentro de la misma familia real había disensiones y el Príncipe Fernando conspiraba contra su padre el Rey Carlos IV. En tanto el poderío de un nuevo personaje aparecido en Francia, Napoleón Bonaparte, crecía y se extendía por toda Europa.

Napoleón puso sus ojos en España, cuya crítica situación la hacía una presa fácil para la ambición del Emperador. Las tropas francesas de Bonaparte invadieron la península, el pueblo español, más digno y patriota que sus propios monarcas, rechazó a los extranjeros luchando con pobrísimos medios contra esos ejércitos que se habían paseado victoriosos por la mitad de Europa. Un rey intruso, hermano de Napoleón, fue colocado en el trono de España pero en muchas ciudades se formaron juntas

de gobierno, para obrar en nombre de Fernando, a quien llamaban el Deseado, y luchar contra los franceses.

Si las provincias de España se daban el gobierno propio y formaban juntas para este efecto, las provincias existentes en América no quisieron ser menos. También ellas podían prescindir de los actuales gobernantes enviados desde España y substituirlos con juntas de hombres nacidos en la patria y con mejor conocimiento del país y de sus problemas que los virreyes y gobernadores que llegaban de la metrópoli sin saber nada del territorio que iban a administrar y dirigir.

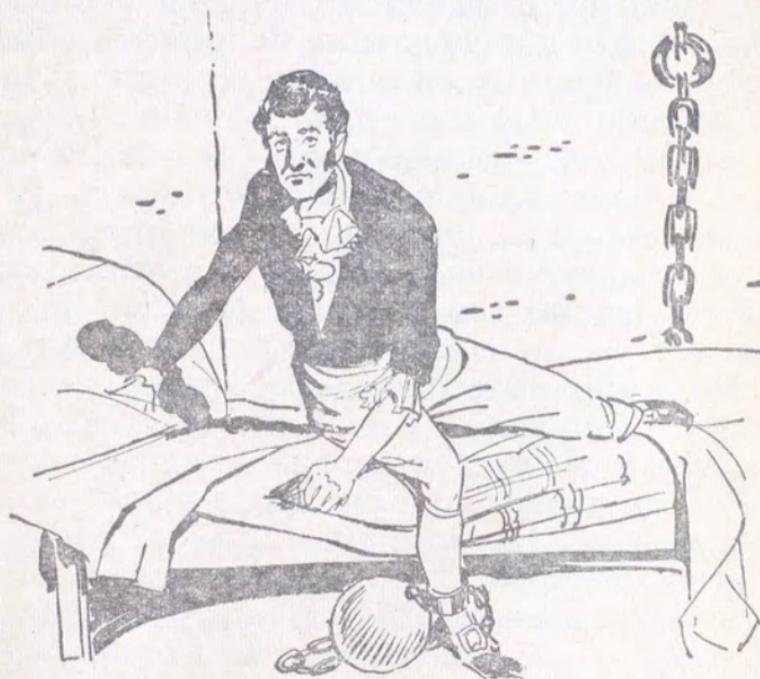
Los patriotas, que ya presentían la independencia hacían juntas, cambiaban ideas y formulaban planes de acción. Uno de los más inquietos era el Canónigo de la Catedral don Andrés Rosillo y Muelo. En su casa hubo varias reuniones a las que asistían algunos jóvenes exaltados. Se pensó en derrocar el gobierno y en cambiarlo en una república y el nombre de Nariño circuló en esas conferencias. Uno de los comprometidos en esta aventura era Carlos Salgar, sobrino del cura de Girón. Cuando este oyó aquellas peligrosas proposiciones fue a denunciarlas ante el gobierno. Como apareció que Nariño había frecuentado la casa del canónigo y que su nombre se había propuesto para presidente de la república quimérica que soñaban aquellos visionarios, el Virrey don Antonio Amar resolvió tomar medidas fulminantes. Nariño, que ignoraba los peligros que se cernían sobre él, se hallaba en La Milagrosa

cuando fue requerido para presentarse en Santafé. Sin darle tiempo para despedirse de los suyos ni para tomar los más elementales objetos para su viaje, ya se tenía preparada la escolta de caballería que debía custodiarlo en su viaje a Honda y hacia la Costa, donde quedaría recluído en uno de los castillos.

Cuando doña Magdalena tuvo la terrible noticia dispuso que su hijo Antonio Nariño y Ortega fuera a unirse a su padre para acompañarlo y auxiliarlo y llevarle las cosas más necesarias.

CAPITULO VIII

POR TERCERA VEZ EN PRISIONES



Aquí es mejor dejar hablar al propio Nariño que buscar otras palabras para referir lo que él mismo

relata tan bien en un escrito presentado ante el Tribunal de Gobierno de Santafé el 17 de abril de 1812.

“...el 23 de noviembre recibí un recado del Mayor de Plaza don Rafael de Córdoba, de parte del Virrey, para que a las tres de la tarde viniese a su casa, que Su Excelencia me necesitaba. Así lo verifiqué y este señor Mayor, en lugar de acompañarme a palacio, me condujo al cuartel del Auxiliar y me dejó en la prevención a las órdenes del oficial de guardia don José María Berrueco, que hacía tres días que había llegado de Cartagena. No se me habló una sola palabra sobre el motivo o causa de mi arresto hasta las dos de la mañana, en que con el mismo silencio se me condujo entre numerosos soldados al cuartel de caballería. Allí encontré al oidor don Baltasar de Miñano, a quien habían conducido también preso desde las tres de la tarde; y sin más preámbulos, ceremonias ni noticiación de alguna providencia, se me mandó montar con el mismo traje en un ruin caballo que para el efecto había preparado don Lorenzo Marroquín de la Sierra y que apenas me alcanzó a llevar hasta la salida de la ciudad, desde donde fui a pie hasta el camellón, en que me alcanzó uno de mis hijos con un caballo, y por gracia se me permitió montar en él... Llegados que fuimos al pueblo de Facatativá, pregunté al Alférez que nos conducía, don Angel González, si llevaba alguna orden para mi mantención, y me contestó que solo se le habían dado trescientos pesos para el mantenimiento de don Baltasar Miñano, y que nada se le había dicho, ni él llevaba con qué mantenerme. Entonces mandé

un peón a mi casa, y no encontrando mi afligida mujer quien le supliese un real para mandarme, se vio precisada a vender una partida de botas inglesas que tres días antes había recibido de Cartagena por comisión, dándolas a cuatro pesos, cuando el mismo día se habían empezado a vender a diez. De esta cantidad pagué las mulas para mi transporte, me proveí de comestibles y fui haciendo los gastos del camino. . . Antes de salir de Honda supimos por el criado de Miñano, que habiendo hablado el Canónigo don Martín Gil a la Virreina sobre nuestro suceso, esta le había contestado que en Cartagena se nos encerraría en un castillo, sin comunicación, ni tintero, hasta que muriésemos. . . pero yo pensé de otro modo y creí más prudente vivir fugado, ausente de mi patria y familia, que morir en una prisión en medio del oprobio y la ignominia; mucho más cuando las cosas de España estaban entonces en un estado que todavía prometían esperanzas a mi justicia. Con esta resolución desamparé a mi compañero y a mis guardas en el sitio del Banco, al abrigo de una noche oscura y tempestuosa, en una piragüita de dos remos, y acompañado solo del único de mis hijos, que se hallaba en esta ciudad a mi partida. En tres días estuvimos en Santa Marta, y si un maldito catalán no me hubiera denunciado al Gobierno, mis terribles jueces y la Virreina no hubieran tenido la complacencia de verme gemir en Bocachica, como lo habían pronosticado. En 20 de diciembre se me prendió de nuevo en la casa del cura rector de aquella ciudad y se me condujo con el mayor aparato, por el mismo Gobernador al cuar-

tel de milicias, en donde se me encerró con mi hijo en un oscuro calabozo, después de haber puesto fuertes barrotes a la única ventana que tenía y de habernos remachado un par de grillos a cada uno... A los doce días se me remitió cargado de cadenas a Cartagena, sin devolverme mi dinero y tratándome con tanta miseria, que en San Estanislao, donde comenzaron los males que aun padezco, fue preciso vender mis pañuelos de narices para comprar unos pollos. Llegado a Cartagena se me mudaron las prisiones en unos grillos de treinta y seis libras y se me colocó en uno de los calabozos que sirven para los grandes facinerosos que se condenan a muerte... Esta situado sobre uno de los grandes conductos del lugar común de aquel cuartel, cubierto solo con unos tablones y rodeado de inmundicia. Puedo decir sin exageración que se me privó del movimiento, del pan, del agua y hasta del aire para respirar; no se me pasaba ni siquiera un pan diario por el Gobierno, los grillos me tenían abrumado y la hediondez era tanta, que los mismos soldados cuando entraban, no podían menos de dejar la puerta abierta para respirar. Al tercer día, no cabiéndome ya una pierna en los anillos de los grillos, mandó el Gobernador Montes que se me mudaran las prisiones dejándomelas solo en la una pierna, pero con el agregado de siete varas de cadena. Así permanecí quince días mientras se aseguraba la bóveda del castillo de San José de Bocachica con las rejas de barrotes de guayacán, y nuevas puertas y cerrojos hasta en la única tronera que tiene. En 20 de enero fui conducido, también a las tres de la tarde por el Coman-

dante, un sargento y doce soldados, envuelto en mis siete varas de cadena, a la preparada bóveda, en donde se me mantuvo cuatro meses, enfermo, cargado de prisiones, sin consentirme ningún auxilio de la medicina, privado absolutamente de toda comunicación, a tres leguas de la ciudad, sin pasarme tampoco ningún dinero y, entre tanto embargados mis bienes. . . Si la Divina Providencia, que quiso conservarme no se para qué, no hubiera sugerido a mi hijo el vehemente deseo de seguirme, aún repugnándolo yo, estoy más que seguro de que se habrían cumplido en él todos los deseos de la ex-virreina, habría muerto de hambre y de miseria y habría sido pasto de los tiburones del canal. Este hijo cuya virtud consolaba mi corazón, al mismo tiempo que me proporcionaba alimento, había conmovido con su triste aspecto el corazón naturalmente compasivo de Don Enrique de Samoyar, que desde el día de mi llegada se decidió a sostenerme la vida, sin conocerme y solo por satisfacer los impulsos de su alma noble y generosa”.

Con lo anterior, escrito por la pluma de Nariño, nos damos cabal cuenta de sus sufrimientos, de la abnegación de su hijo Antonio y de la noble caridad de Don Enrique de Samoyar, a quien ya nunca olvidó Nariño.

La llegada a Cartagena del Comisionado del Consejo de la Regencia de España, Don Antonio Villavicencio, alivió la suerte de Nariño, quien fue trasladado a los calabozos de la Inquisición, se le quitaron las pesadas cadenas y recibió un más caritativo trato.

Estaba Nariño a punto de ser enviado prisionero a Puerto Rico, cuando el Gobernador español de la Provincia de Cartagena fue depuesto por un movimiento popular. Entonces obtuvo permiso para salir de las cárceles de la Inquisición para curarse de sus heridas y enfermedades. Hacía un mes que disfrutaba de esta relativa libertad cuando estalló en Santa-fé el 20 de julio.

CAPITULO IX

ANTECEDENTES DE LA REVOLUCION DEL 20 DE JULIO

En 1963, al publicar el Copiador de Ordenes del Regimiento de Milicias de Infantería de Santafé, escribí una ojeada histórica sobre los antecedentes y el proceso de nuestra Independencia. De allí entresaco lo necesario para dar una somera idea de lo que fue el 20 de julio de 1810.

Desde el año de 1809 en todas las ciudades y villas del Nuevo Reino de Granada se sentía una agitación sorda, provocada por la crisis de la monarquía española y por el deseo de que también en las provincias de América se establecieran juntas propias de Gobierno, como en España. Quito había comenzado el 10 de agosto de dicho año; Caracas lo había hecho el 19 de abril de 1810. Ya vimos que en Cartagena había sido depuesto el Gobernador Montes; en Pamplona lo había sido igualmente el de aquella ciudad don Juan Bastus y Falla. El 3 de ju-

lio hubo un movimiento en Cali, en el Socorro el 10 del mismo mes fue sitiado y depuesto el corregidor don José Valdés. Se explica así que la expectativa y la ansiedad en Santafé fueran muy grandes en esos días de julio de 1810.

Quienes dirigían el movimiento creyeron que la llegada a la ciudad del Comisionado Regio Villavicencio era la esperada oportunidad. No les faltaba razón, Villavicencio había mostrado sus buenas disposiciones ante las aspiraciones americanas a su paso por Caracas y Cartagena. En esta última ciudad, además había procurado aliviar los padecimientos del benemérito don Antonio Nariño, allí prisionero. Se pensó que uno de los modos de provocar la ambicionada ocasión sería salir al encuentro del Comisionado en una gran cabalgata, en la cual participarían los conjurados llevando armas ocultas, para al regreso dar el golpe y deponer al Virrey y crear la junta de gobierno.

LOS CHAPETONES

El Virrey don Antonio Amar y Borbón era un militar condecorado por sus servicios, su edad y su nobleza. No suscitaba odios profundos pero era tildado de afrancesado y de disponer de los cargos públicos con un favoritismo al que no era ajeno el interés personal. Más resistencias provocaba doña Francisca Villabona, su esposa, dama orgullosa, de carácter fuerte y que no había sabido congraciarse los afectos

de la sociedad santafereña. La fuerza pública no era escasa en la ciudad. La constituían la Guardia del Virrey con sus compañías de Caballería y Alabarderos, el Batallón Auxiliar, mandado por el Coronel don Juan Sámano, las milicias de Pardos y Blancos traídas de Cartagena, algunos hombres venidos de Riohacha con Sámano; y el Parque de Artillería, sin contar las Milicias voluntarias. Pero aun en esas fuerzas militares se había infiltrado el aire renovador de la revolución. Una de las compañías del Auxiliar estaba comandada por don Antonio Baraya, criollo de reconocida adhesión al movimiento y hermano de doña Josefa Baraya de Santamaría, ardiente patriota.

El odio popular hacía blanco en algunos funcionarios de la Audiencia, como el Oidor don Juan Hernández de Alba o el fiscal don Diego de Frías, y en algunos españoles sin cargo oficial pero hostiles a los americanos e ingratos al pueblo, como don Ramón de la Infiesta, don José Trillos y el mismo comerciante don José González Llorente, hombre de genio vivo y despreciador de los americanos.

EL FLORERO

Hubo una última junta a lo que parece en el Observatorio. En ella se habló de que los chapetones hacían circular una lista de proscripción en la que figuraban diez y nueve nombres de esclarecidos patriotas, entre ellos los de Camilo Torres y José Ace-

vedo y Gómez. Las noticias del Socorro habían exaltado los ánimos y era el momento de obrar, aprovechando que el día siguiente era viernes, día de mercado grande, con afluencia de muchas gentes a la Plaza Mayor, no solo de toda la ciudad sino de los pueblos circunvecinos. Cualquier pretexto era bueno porque el ambiente estaba cargado como una mina de explosivos y solo faltaba aplicarle el botafuego. Creo que muy bien lo sabía don Pantaleón Santamaría cuando a eso de las diez de la mañana se encaminó a la tienda de González Llorente, por en medio de una multitud abigarrada, con el fin de solicitarle en préstamo un florero de porcelana para decorar espléndidamente la mesa durante el banquete que iba a dar en su casa al Comisionado Regio. González Llorente era iracundo. A diez pasos de la Plaza Mayor se encontraba su tienda de comercio. Por allí cerca debían hallarse don Francisco Morales Fernández y sus dos hijos, don Francisco y don Antonio. Otro medio era el que algún criollo connotado saludase a González Llorente con mucho acato y diese así ocasión para protestas. Este papel lo desempeñó, inocentemente o a sabiendas, el Director del Observatorio don Francisco José de Caldas.

Así pues, la reyerta provocada en la tienda de González Llorente, las bofetadas, los gritos, los estacónazos no fueron el comienzo de la independencia, como muy erróneamente se dice y aún se enseña. Ese fue el incidente propicio para que una larga secuencia de acontecimientos que arranca —por lo menos— del momento en que se conoció en la Nueva Granada la Declaración de Independencia

de las Colonias Inglesas en 1776, produjera su esperado fruto. La independencia venía en gestación y esperaba la hora de su alumbramiento. La reyerta por el florero fue solo la chispa necesaria para prender fuego a un combustible acumulado en largos años.

EL PUEBLO EN LA CALLE Y EN LA PLAZA

Más importante que volver a referir cómo don Francisco Morales y su hijo don Antonio reprendieron y castigaron las demasías soeces de González Llorente, es analizar la manera habilísima como los directores del movimiento aprovecharon esa coyuntura feliz y fueron encauzando los hechos hacia el inmediato objetivo, que era la creación de una Junta de Gobierno para la Nueva Granada.

Alertado el pueblo con la algarabía y el alboroto que se escuchaban en la tienda del chapetón, comenzó a dar mueras y abajos a los españoles más odiosos. El asunto hubiera terminado allí, o cuando más con algunas pedradas a los portones de Alba, Infiesta y Trillos, si una nueva voz no hubiera venido a oírse entre las mueras y los abajos, la de ¡Cabildo Abierto!

El Cabildo era el modo de expresión de la voluntad ciudadana, allí se discutían las cosas de pro comunal, se estudiaban los problemas locales, que dictaban útiles medidas urbanas y también se ha-

cía resistencia a los gobernantes cuando se lesionaban los derechos del vecindario o se vulneraban los fueros del mismo Cabildo. Así había sido desde los primeros días de la Conquista, desde los tiempos de los Quesadas, de Lebrón, de Belalcázar, de Robledo, como lo atestiguan antiguos documentos hoy publicados. El Cabildo se reunía en fechas acordadas en forma ordinaria, otras veces y en circunstancias más urgentes se reunían los cabildos extraordinarios. Pero había otra forma de Cabildo y era el abierto, al cual podían concurrir a hacer oír su voz los vecinos. En las jornadas del 20 de julio un Cabildo abierto era el paso necesario y más eficaz para obtener la creación de la ambicionada junta de gobierno. Por eso el pueblo que comenzó gritando improperios contra el senil González Llorente, figura de muy segundo plano, fue conducido por quienes dirigían la revolución a agolparse delante de los balcones de palacio para pedir un Cabildo abierto.

Amar no se mostró accesible y se iba a perder una oportunidad hábilmente provocada con la reyería inicial. Por eso por horas seguidas los gestores de la revolución mantuvieron al pueblo vociferante delante de los cristales de balcones y gabinetes, mientras en las casas capitulares se iban reuniendo las personas más notables de la ciudad, más o menos las mismas que habían integrado las juntas reunidas en el pasado septiembre, cuando los acontecimientos de Quito. De allí se enviaron repetidas diputaciones al Virrey pidiéndole el Cabildo abierto. Hubo necesidad de mandarle sucesivas embajadas, fue preciso hacerle ver desde sus balcones que en la plaza se

arremolinaban diez mil personas de todas las clases sociales. No faltaban eclesiásticos ni señoras en la multitud, ni aún militares, como que el segundo jefe del Batallón Auxiliar, don José Moledo, se hallaba en la plaza; hormigueaban en ella artesanos y menestrales, vivanderas y mercachifles, curiales, aprendices de escribanos y amanuences de los despachos públicos, personas de calidad y togados, mozos de botica y de barbería y señores de alto comercio, médicos y procuradores, gentes urbanas y los campesinos e indios de los pueblos comarcanos que habían venido con ocasión del mercado grande.

LAS CAMPANAS DE LA CATEDRAL

Cuando la multitud mermaba, la arengaban desde el balcón de la cazueleta y don José María Carbonell se ponía a recorrer los talleres y obradores reclutando gentes. Pero gritar y alborotar produce cansancio cuando se demoran los resultados apetecidos, y a eso de las seis y media de la tarde comenzó a disminuir la multitud, elemento decisivo para forzar la voluntad del Virrey. Fue entonces cuando se echaron a vuelo las campanas en la catedral y en todas las parroquias para congregar de nuevo las gentes en la plaza. Se iba a perder la ocasión anhelada y buscada con tanto empeño. Si la muchedumbre se dispersaba, Amar se encastillaría en su negativa. Ya los comuneros habían mostrado que en materia de conmociones populares tampoco

segundas partes fueron buenas, y fue entonces cuando apareció en el balcón la gallarda figura del Regidor don José Acevedo y Gómez, quien arengó al pueblo con las vibrantes palabras que conocemos: "Si perdéis estos momentos de efervescencia y calor, si dejáis escapar esta ocasión única y feliz, antes de doce horas seréis tratados como insurgentes. Ved los calabozos, las cadenas y los grillos que os esperan". Y señalaba a la Cárcel de Corte, donde estaban aherrrojados algunos patriotas y bajo cuyas losas habían sido sepultadas las cabezas de los protomártires Rosillo y Cadena.

Estas palabras y los discursos de hombres tan elocuentes como Torres y Frutos Joaquín Gutiérrez, electrizaron a la multitud y la mantuvieron firme. Amar fue cediendo a las instancias de los comisionados y a las persuasiones de personas prudentes. Pero, por un puntillo de honra y para dejar a salvo el ajado penacho de su grandeza, no concedió el Cabildo abierto sino solamente uno en calidad de extraordinario y para no desdorararse en presidirlo, como se le exigía, pretextó enfermedad y dio sus poderes al oidor don Juan Jurado, apenas llegado a la ciudad y quien no concitaba ninguna resistencia. Todavía se le hizo una exigencia más: que los poderes que Jurado había hallado insuficientes, fueran confirmados por escrito. Amar extendió las autorizaciones y las envió con su secretario de despacho, don José Ramón de Leyva. Con esta firma, detalle al parecer nimio, Amar rubricó su deposición en el mando y el ocaso del poder español en la Nue-

va Granada. Muy claro deja el acta del Cabildo extraordinario que su reunión se debió a la exigencia del pueblo concentrado en la plaza mayor desde las horas de la mañana. Cometan error quienes quieren ver en el 20 de julio solo un movimiento de carácter aristocrático, como se decía antes, u oligárquico como es de uso decir ahora. No; esas diez mil almas, o sea la tercera parte de la población existente en la ciudad, atestiguan lo contrario. Sería como negar hoy alcance popular a una concentración que reuniera quinientas mil personas para hacer exigencias ante las autoridades constituídas.

De la riña y de los abajos, se había pasado a la exigencia del Cabildo, obtenido éste, vino el tercer paso, la creación de la Junta de Gobierno y la multitud comenzó a reclamarlo así a gritos.

EL CABILDO EXTRAORDINARIO

Las deliberaciones del Cabildo extraordinario se orientaron al comienzo a probar la legitimidad de que el pueblo asumiera la soberanía y la depositara en una junta de gobierno. A dilucidar este punto se orientaron las deliberaciones y lo sustentaron hombres como Camilo Torres, Ignacio de Herrera y Miguel de Pombo. Esclarecido esto, se procedió a elegir la Junta Suprema en quien iba a depositarse la autoridad. Aquí se verificó otra afortunadísima penetración de dirigentes y dirigidos, porque los vocales de la Junta Suprema fueron elegidos por una

especie de plebiscito, el primero acaso en nuestra historia, ya que desde los balcones del Cabildo eran propuestos los nombres y el pueblo tumultuariamente los aclamaba, aprobando a gritos el encargo de vocales en aquellas personas que le eran conocidas, cuyos sentimientos sabía y cuyas actuaciones le merecían confianza. Los primeros elegidos fueron los mismos miembros del Cabildo de Santafé, con exclusión de los intrusos impuestos hacía poco por el Virrey. La Junta quedó integrada.

El Virrey Amar y Borbón fue nombrado presidente de la Junta como recompensa a su moderación y al hecho de no haber utilizado la fuerza pública contra el pueblo aglomerado en la plaza. Y a fe que Amar lo merecía por este último concepto. Don Juan Sámano, Coronel Comandante del Auxiliar, tuvo el cuerpo formado sobre las armas en los patios del cuartel, a tres cuadras de la Plaza Mayor, durante todo el día, en espera de una orden que le permitiera cargar sobre una multitud casi inerme y que no habría podido soportar el envite de granaderos y fusileros. Una de las compañías, la de Baraya, destacada en las casas del Cabildo para su custodia, no ofrecía peligro, ya que su comandante había garantizado que sus soldados no obrarían contra el pueblo. En cuanto al Parque de Artillería, donde se guardaban las piezas de varios calibres y la munición, había sido neutralizado por el pueblo mismo, que lo ocupó dejándolo al mando de un reconocido patriota, don José de Ayala y Vergara.

Elegidos los vocales por aclamación popular y nombrado Amar como presidente y don José Miguel

Pey como vicepresidente, quedó constituída la Junta de Gobierno. Solo faltaban dos cosas importantes: tomar el juramento a los vocales allí presentes y redactar el acta de aquel memorable cabildo. Tocó a don José Acevedo y Gómez, a quien su destacada actuación le había merecido el cargo de Diputado del Pueblo, desempeñar ambas funciones. El dictó al escribano don Eugenio Martín Melendro el acta y en sus manos, frente al crucifijo y con las palmas sobre los evangelios, prometieron los vocales de la Junta desempeñar con fidelidad sus cargos.

Se citó para el día siguiente a las autoridades, tribunales, tropas y colegios para jurar el nuevo gobierno. Eran las tres y media de la madrugada del 21 de julio cuando los asistentes al Cabildo que habían transformado nuestra historia comenzaron a retirarse a sus casas, parroquias y conventos.

LO QUE FUE EL 20 DE JULIO

En síntesis, el movimiento del 20 de julio fue el resultado de una feliz colaboración de la inteligencia de los unos y del entusiasmo de los otros, de la visión anticipada de los que lo dirigieron y del apoyo que el pueblo dio con un fervor que estuvo dispuesto al sacrificio. Sin la habilísima conducción de quienes organizaron la revolución, la multitud se habría cansado de vociferar en la plaza y se hubiera contentado con ver escondidos y en aprietos a González Llorente, al Fiscal Frías, al Oidor Alba, a los odiados cha-

petones Infiesta y Trillos. Cierta que en quienes llenaban la plaza había un sentimiento de protesta y de contenida retaliación, pero no pensaban ellos en junta suprema ni en autonomía de gobierno para la Nueva Granada, ni mucho menos en independencia, cosas de que ignoraban el nombre y la significación. Pero tampoco los cerebros dirigentes, los que buscaban la creación de una junta de gobierno como paso indispensable y preparatorio para obtener la independencia absoluta, hubieran logrado nada sin el apoyo de esas diez mil almas que estuvieron presentes en la plaza desde las once de la mañana hasta las tres de la madrugada, frente a los gabinetes y ventanas del palacio y ante los balcones del Cabildo. Ni Torres, ni Gutiérrez, ni Carbonell, ni el mismo Acevedo y Gómez hubieran podido intimidar al Virrey y obtener de él la concesión de un cabildo extraordinario en esa noche memorable, si no hubieran tenido allá abajo el respaldo popular de hombres y mujeres que estuvieron dispuestos a poner los pechos ante los fusiles del Batallón Auxiliar y ante los cañones del Parque de Artillería, como lo refieren Caldas y Camacho en el **Diario Político**.

Afortunadísima colaboración de todas las clases de una sociedad, de todos los estratos de un pueblo, de todos los habitantes de una ciudad y de su comarca, fue la que hizo culminar con éxito y sin sangre, victoriosa pero cívicamente, una revolución bien planeada y dirigida por los que la habían preparado y ejecutado con decisión por el pueblo.

CAPITULO X

ANTE LA REVOLUCION TRIUNFANTE

El triunfo del movimiento patriótico del 20 de julio abrió esperanzas que doña Magdalena Ortega de Nariño quiso aprovechar inmediatamente, solicitando de la Suprema Junta la libertad y el regreso de Nariño a Santafé. Por su parte el Precursor, apenas supo triunfante el movimiento que él había sido el primero en promover, también elevó solicitudes. La prisión última había sido resultado de una orden arbitraria de Amar y Borbón, por eso solicitó Nariño que de los bienes embargados al Virrey se le suministraran los recursos necesarios para trasladarse a la capital. La Junta pensó en un momento en enviar una misión diplomática a los Estados Unidos para solicitar el reconocimiento del nuevo gobierno establecido y se consideró que la persona más indicada para ese delicado encargo era Nariño. Pero este proyecto no se llevó a cabo y Nariño tuvo que esperar aún algunos meses en Cartagena, antes de hallarse en posibilidad de regresar a su ciudad.

Su llegada a Santafé fue melancólica. En primer lugar encontró a su esposa gravemente enferma. Parece como si la adversidad se hubiera ensañado contra doña Magdalena y no le hubiera dejado salud y vida sino en el tiempo de sus miserias y dolores. Cuando la patria se estrena decae su salud y le viene la enfermedad de la muerte. Por otra parte, Nariño encuentra un ambiente más bien hostil. Muchos hombres nuevos han adquirido notoriedad, han brillado en las definitivas horas del 20 de julio, se hallan dirigiendo los destinos de la naciente organización política. El no pudo participar en ese momento decisivo y ha llegado tarde a la hora de ver triunfar las ideas por las que se había venido sacrificando desde 1794. Todo su interés se concentra en su hogar, donde su Matica adorada, como llamaba cariñosamente a doña Magdalena, está padeciendo crueles dolores. No sobran los recursos y las angustias de la enfermedad se doblan con las de la pobreza.

El primer cargo que Nariño obtiene bajo el nuevo Gobierno es el de Secretario del Congreso de las Provincias que se reúne en Santafé en el mes de diciembre de 1810. Es apenas un primer intento de parlamento, con escasa asistencia y que marcha con los naturales titubeos de una patria aún niña.

SANTAFE Y LAS PROVINCIAS

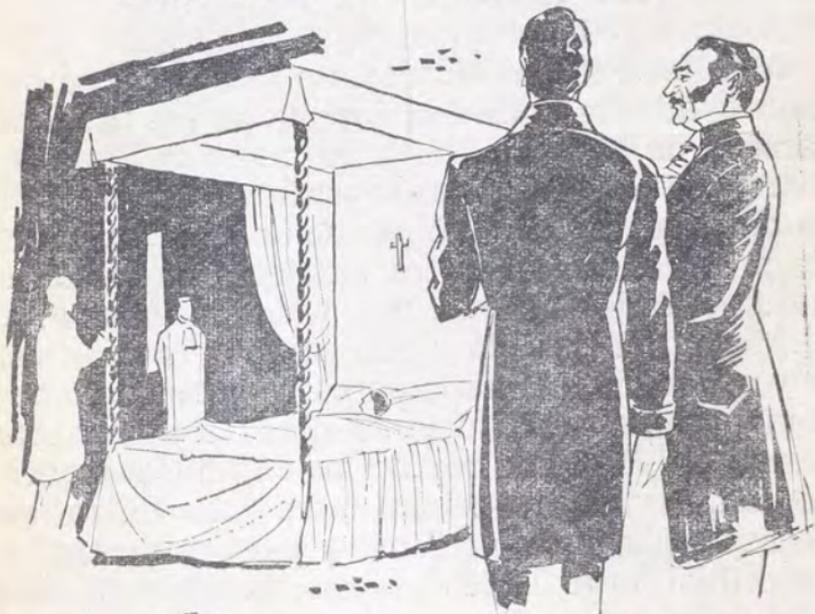
En las primeras páginas se hizo ver cómo las distintas provincias que formaban el virreinato tenían

sus gobernadores, su administración propia y cierta autonomía que las llevaba a resistirse al predominio de la capital. En cuanto provincias se creían iguales a Santafé y con las mismas prerrogativas y derechos. Este fue el germen de la desunión que hizo tan débiles los primeros pasos de la patria libre. Invitadas por la capital a reconocer a la Junta de Santafé como superior y a enviar sus diputados a ese primer congreso, mostraron resistencia cuando no una abierta oposición y solo unas pocas y no de las principales enviaron diputados.

Al mismo tiempo comenzó lo que podríamos llamar la fiebre de la constituciones. Cada una de esas provincias quiso obrar como si fuera un estado, comenzando por darse su propia constitución, a imitación de los Estados Unidos, de Francia y de otras naciones, aun de la misma España que se preparaba a darse la de 1812. La Junta Suprema de Santafé se convirtió en Colegio Constituyente y comenzó el trabajo de preparar una constitución, que fue encargada a varios prominentes patriotas, entre ellos a don Jorge Tadeo Lozano, don Luis de Azuola, don José María del Castillo y don Miguel Tovar. Discutida y aprobada, Cundinamarca se constituyó como una monarquía constitucional, dispuesta a reconocer a Fernando VII como rey de los cundinamarqueses, siempre que viniera a reinar entre ellos. Entre tanto lo reemplazaba un presidente y para este cargo fue elegido don Jorge Tadeo Lozano, hombre de nobles abolengos, de vasta ilustración y de probado patriotismo. La situación no era halagadora. Provincias como Panamá y Santa Marta, en la Costa Atlántica,

y Pasto en el Sur, eran abiertamente realistas y contrarias a la independendencia. Venezuela había vuelto a caer en manos españolas, podíamos ser invadidos por la frontera de Cúcuta, desde Santa Marta y desde el Sur y no se tomaban medidas eficaces para la defensa. Todo esto lo meditaba Nariño y mejor que nadie entreveía los peligros para la patria naciente, pero su mente y su corazón estaban embargados por otras preocupaciones.

UNA VIDA QUE SE APAGA Y UN PERIODICO QUE NACE



En abril de 1811, en memorial dirigido al Tribunal de Gobierno de Santafé, menciona Nariño por cuatro veces el estado muy grave de su mujer y lo

atribuye a las pesadumbres que ha sufrido con las persecuciones de que él ha sido víctima. En otro memorial que eleva por lo días de mayo, hallamos: “¿Con qué me resarcirá ese bárbaro (Amar y Borbón) los tormentos que me hizo sufrir (quizá solo porque no fui uno de los que sacrificaron al ídolo de su codicia), los males que aun padezco, y quizá también la pérdida de mi virtuosa y afligida mujer, que se halla luchando con la muerte, agobiada de las pesadumbres que le causó con mi prisión y destierro? Yo quisiera que el apoderado del ex- virrey se diera una vuelta por mi casa y viera las tristes escenas que en ella pasan diariamente, todas consecuencias de la piedad y justicia de su poderdante”.

Todo ese mes de mayo y la mitad del de junio siguiente va languideciendo la salud de doña Magdalena. Rodeada del afecto de su marido y de sus hijos, sin alcanzar a ver el triunfo del hombre a cuyo amor todo lo había sacrificado, víctima de las miserias y zozobras, se duerme en Dios el 16 de junio de 1811. Fue sepultada en la iglesia de La Candelaria. Al cabo de ciento cincuenta y cuatro años, la patria se acordó de ella para testimoniar mediante una sencilla placa de bronce colocada sobre la fachada de ese templo, que ahí yace sepultada doña Magdalena Ortega de Nariño, esposa del Precursor de la independencia y que sus virtudes, su abnegación y su sacrificio contribuyeron a la creación de la Patria.

Nariño sentía un atractivo irresistible por la letra de molde, por el periodismo. Así como en los días de su prosperidad había comprado una imprenta, ahora

va en busca de otra con el propósito de sacar un periódico que va a llamar **La Bagatela**. La palabra misma indica algo gracioso, de poca sustancia, casi como diversión. Pero es que la burla y el sarcasmo son las armas mejores que tiene Nariño como orador y como escritor; bajo la apariencia de bagatelas puede decir tremendas verdades y bajo discretas burlas puede hacer las más tremendas críticas. Apenas se ha extinguido la vida de doña Magdalena cuando salen a luz las primeras entregas de la hoja en cuyas alas Nariño ha de subir hasta la cima del poder político.

En la tercera entrega del periódico, aparecida el 28 de junio, Nariño comienza su campaña contra la idea que muchos habían concebido de hacer de la patria no una nación unida sino un grupo disperso de pequeños estados, unidos apenas con un vínculo federativo. Esta era la idea de algunas provincias que no querían reconocer dirección ni supremacía en la capital y a las que alentaba el ejemplo de los Estados Unidos, que también se habían constituido como federación. A ello las inclinaban los antecedentes de autonomía relativa que tales provincias habían tenido en el gobierno español y el estado de pujante desarrollo a que habían llegado muchas de ellas. Pero la desunión significaba debilidad en momentos en que se anunciaban serios peligros.

Nariño había visto lo que ninguno otro había sido capaz de advertir: Que España no se resignaría a perder tan grandes y ricos dominios sin intentar defenderlos y conservarlos para sí, que no se resignaría a ver desmembrado su imperio sin procurar

retenerlo y que enviaría expediciones con este propósito. También había advertido que el entusiasmo de algunas gentes por el nuevo sistema de gobierno era ficticio y que a la primera oportunidad le volverían las espaldas.

LAS NOTICIAS MUY GORDAS

Así se llamaba el artículo que **La Bagatela** publicaba el 19 de septiembre de 1811 y del cual entresacamos: “Nos hallamos amenazados por tres puntos. Por Cartagena se confirman las noticias de que el Virrey Benito Pérez no es a Panamá sino a Santa Marta que viene con la Audiencia antigua de Santafé... Por el Norte sabemos que Cúcuta está resuelta a unirse a Maracaibo y la toma de Pamplona y de Girón serán el resultado de las primeras operaciones del enemigo por aquel lado. De Popayán para el sur ningún aspecto favorable nos presentan las cosas. Se ignora el estado de Quito y solo se sabe que Tacón ha tomado las medidas más enérgicas para hacerse a dinero, ganados y tropas; que en Popayán tienen un fuerte partido, que al paso que lo anima, debilita nuestras fuerzas y aumenta nuestros peligros. Y nosotros, ¿cómo estamos? Dios lo sabe, cacareando y alborotando al mundo con un solo huevo que hemos puesto. ¿Qué medidas, qué providencias se toman en el estado en que se halla la Patria? Fuera paños calientes y discusiones pueriles; fuera esperanzas quiméricas hijas de la pereza y de esa confianza estúpida que nos va a envolver

de nuevo en las cadenas; el peligro es serio y evidente y los remedios ninguno. ¿En qué fundamos las esperanzas de conservar nuestra libertad? Por fuera se aumentan los peligros y por dentro la desconfianza y la inacción. La Patria no se salva con palabras ni con alegar la justicia de nuestra causa. ¿La hemos emprendido, la creemos justa y necesaria? Pues a ello: vencer o morir, y contestar los argumentos con las bayonetas. ¿Habrá todavía almas tan crédulas que piensen escapar del cuchillo si volvemos a ser subyugados? Que no se engañen: somos insurgentes, rebeldes, traidores; y a los traidores, insurgentes y rebeldes se les castiga como a tales. Desengañense los hipócritas que nos rodean: caerán sin misericordia bajo la espada de la venganza, porque nuestros conquistadores no vendrán a disputar con palabras como nosotros, sino que segarán las dos hierbas sin detenerse a examinar y a apartar la buena de la mala. Morirán todos y el que sobreviviere solo conservará su miserable existencia para llorar al padre, al hermano, al hijo o al marido”.

UN GOLPE DE OPINION

Es explicable que las anteriores palabras produjeran una alarma grande en el pueblo de Santafé, porque se le abrían los ojos ante peligros que luego resultaron confirmados cuando desde España se envió la formidable expedición de reconquista al mando de don Pablo Morillo, que arrasó hasta los cimientos de la patria naciente. El artículo de La

Bagatela conmovió a los habitantes de la ciudad, que en tumulto se aglomeraron en la plaza mayor para pedir medidas y exigir energía a las autoridades. Nariño era el nombre que se oía en todas las bocas, Nariño era el jefe de quien se podían esperar resoluciones oportunas y acertadas si se le colocaba en un cargo de gobierno. Se exigía la renuncia del presidente de Cundinamarca, se clamaba por un cambio y así Nariño, en medio del fervor de los santafereños, fue llevado al poder en reemplazo de don Jorge Tadeo Lozano, quien no había acertado a dominar aquellas difíciles circunstancias políticas.

Pero Nariño era hombre sagaz y al recibir en sus manos el mando que le entregaba tumultuariamente la opinión, quiso buscarle un apoyo legal, una fuente de derecho. Por eso reunió la representación nacional para que examinase de nuevo la renuncia de Lozano, así como su propia elección a la presidencia, y entonces fue reelegido en forma que legitimó su autoridad.

CARRACOS Y PATEADORES

Así como las provincias se resistían a aceptar el predominio de la capital, a su vez las capitales de provincia eran miradas celosamente por otras ciudades y poblaciones que no les querían reconocer primacía. Nariño era el principal adversario del federalismo y, por tanto, era mal mirado de quienes seguían tal sistema; además, Cundinamarca aceptó

algunas adhesiones de esas ciudades que buscaban separarse de sus capitales provinciales. Fue un momento embrollado y difícil de nuestra historia que condujo a una lucha política en periódicos, en discursos y, más tarde, por la fuerza de las armas. Uno de esos periódicos que hacían oposición a Nariño, a Cundinamarca y a **La Bagatela**, se llamaba **El Carraco** y de ahí tomó sobrenombre el partido federalista. Un entusiasta de Nariño pateó en una esquina uno de los ejemplares de **El Carraco** y así quedaron bautizados con el apodo de pateadores los centralistas. Carracos y pateadores se hostilizaron, se odiaron y se combatieron con la misma ceguera y la misma obstinación que lo hemos hecho siempre los colombianos por cuestiones simplemente políticas.

CAPITULO XI

COMIENZAN LAS GUERRAS CIVILES

Plaga de nuestra historia, rémora de nuestro progreso y fuentes de muchos males han sido las guerras civiles en nuestra época republicana y tenemos que conceder que muy pronto, poco más de un año después del grito de independencia, comenzamos a ejercitarnos en tan pernicioso campo.

El gobierno de Cundinamarca encabezado por Nariño formó dos expediciones hacia el norte con un doble objeto: Prevenir una posible invasión de enemigos por nuestra frontera del norte y dar apoyo a algunos cantones que habían adherido a Cundinamarca separándose de sus respectivas provincias. Una de las fuerzas, al mando de don Joaquín Ricaurte, fue derrotada por los aguerridos habitantes de la provincia del Socorro. Otra al mando de Baraya marchó sobre Tunja y siguió a Sogamoso. Las persuasiones del Gobernador de Tunja, señor Niño, a las que no fue ajeno don Francisco José de Caldas, que como oficial de Ingenieros iba con la tropa de Baraya, hicieron que éste, abandonando la obediencia

cia a Nariño y a Cundinamarca, se pusiera a disposición del Congreso de las Provincias, a cuyo alrededor se había formado el partido federalista. También Ricaurte cambió de bandera.

Estas defecciones de sus tropas, pusieron en un grave compromiso al presidente. Formó un nuevo ejército que al mando de don José Ramón de Leyva marchó al norte, acompañado de Nariño. En Ventaquemada sufrió este ejército una grave derrota y dispersión por parte de Ricaurte y de Baraya. La situación de Nariño y de Santafé parecieron entonces muy comprometidas. Baraya, engreído con su triunfo, reforzado con tropas socorranas muy valientes, marchó sobre la capital, resuelto a entrar en ella a toda costa. La empresa parecía fácil, pues Nariño había perdido la mayor parte de sus fuerzas, ya por deserción, ya por la dispersión que siguió a la derrota de Ventaquemada.

A pesar de que Nariño ofreció las condiciones de paz más completas compatibles con su dignidad, llegando hasta prometer su renuncia de la presidencia de Cundinamarca y su retiro del territorio, y de que se presentó personalmente en el campamento de Baraya a negociar con este, no hubo manera de entendimiento.

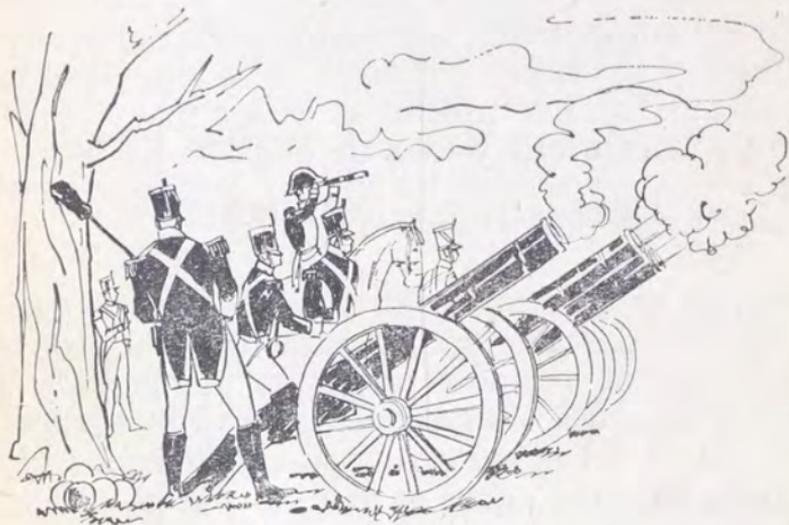
Pero no contaban el Congreso y los federalistas con el entusiasmo que Nariño suscitaba en su leal pueblo de Santafé ni con todos los recursos que la imaginación fértil del Precursor era capaz de movilizar.

En primer lugar, escogió como centro de la defensa la Plazuela de San Victorino, que le permitía dominar las dos principales entradas a Santafé. En segundo lugar, exaltó el sentimiento patriótico y religioso de los habitantes, haciendo al Jesús Nazareno de San Agustín generalísimo de sus tropas. En tercer término, él mismo y su familia estaban presentes en el campamento, alentando a los defensores de la ciudad y sus hijas, entonces en la flor de la edad, y divisadas con los uniformes de los principales batallones, fueron allí y una de ellas, doña Mercedes, disparó con impavidez los cañones, lo que produjo el entusiasmo de los artilleros.

Baraya se acercaba a la ciudad y dividió sus tropas en tres destacamentos: uno al mando de Atanasio Girardot, ocupó el cerro de Monserrate, desalojando de allí a los nariñistas; otro integrado por buena parte del ejército, ocupó la Hacienda de Techo para avanzar sobre la ciudad por el occidente, en tanto que el propio Baraya con el resto de su ejército acometía por el camellón del norte. La pérdida del puesto de Monserrate hizo decaer mucho la moral de los defensores, pero fue levantada por una victoria parcial que se obtuvo en Usaquén. Nariño logró interceptar y sustituir una orden para Girardot, lo que tuvo como consecuencia que este se mantuviera inmóvil en el cerro, sin participar en el gran ataque que Baraya dio el 9 de enero de 1813 al amanecer.

El asalto del 9 de enero fue un episodio militar sangriento y que se decidió cuando Nariño empleó

su artillería contra las fuerzas que avanzaban desde el norte por el camellón de La Alameda. El certero fuego de los cañones, emplazados por el artillero don Mariano Millán, dispersó a los atacantes, desconcertó a los federalistas y dio el triunfo a Nariño.



La guerra civil había terminado. Nariño quiso borrar los resentimientos, dispuso que los heridos federalistas fueran tratados antes que los de su propio campo, distribuyó dinero y raciones a las tropas vencidas y se esmeró en que los oficiales rendidos tuvieran un generoso y decente trato. Los que no cayeron prisioneros se dispersaron.

CAPITULO XII

LA INDEPENDENCIA ABSOLUTA DE CUNDINAMARCA

A partir del 20 de julio de 1810, la patria comenzó a buscar sus caminos propios. Naturalmente entre vacilaciones, ensayos, errores y rectificaciones. Nuestros próceres carecían de experiencia política, no habían tenido práctica en el gobierno, no habían podido prepararse ni ejercitarse en los trabajos a que de repente se vieron enfrentados, tales como dar leyes, gobernar pueblos, dirigir ejércitos, concertar alianzas y constituir estados. Por eso esa primera época ha sido llamada, con sobra de injusticia, la Patria Boba. No debemos emplear más ese nombre porque inferioriza nuestra historia, deprime los primeros días de nuestra independencia e injuria a quienes se esforzaron en darnos patria y se sacrificaron en esa empresa.

Un paso decisivo para salir de ese estado informe y vacilante fue el declarar el absoluto rompimiento

de dependencia con España, o sea proclamar que estas antiguas provincias no reconocían la soberanía del rey ni ninguna forma de vínculo que las atara a sus antiguos dominadores y que asumían a la faz del mundo la condición de estados independientes y dueños de conducir sus propios destinos.

Cartagena dio ese paso osado y definitivo el 11 de noviembre de 1811. La victoria de Nariño y el prestigio que con ella adquirió Cundinamarca condujeron a que también aquí se proclamara la absoluta independencia. El Cuerpo electoral, formado por unos cincuenta miembros, expidió la fórmula legislativa que Nariño sancionó y el 19 de julio de 1813 se dio el bando de independencia. Hubo una espléndida procesión con participación de las tropas de la plaza, piezas de artillería y caballos ricamente enjaezados, para sembrar el nuevo árbol de la libertad y para traer desde la iglesia de San Juan de Dios hasta la Catedral la imagen de Santa Librada, patrona de la patria. Las ceremonias se prolongaron durante el día siguiente, tercer aniversario del grito inicial de la independencia, se cantó el Tedeum y, después de una proclama de Nariño, se hizo el juramento de la independencia absoluta de Cundinamarca. Al día siguiente, como para confirmar que la noción de patria envuelve no solo regocijos y triunfos, sino también esfuerzos y sacrificios, salieron de Santafé con destino a la guerra del sur ciento cincuenta hombres, en pos de otros cien que habían partido el 13 del mismo mes con idéntico destino.

LOS PELIGROS EN EL SUR DE LA NUEVA GRANADA

El Coronel don Juan Sámano, el mismo que mandaba el Batallón Auxiliar el 20 de julio y que se negó al día siguiente a jurar el nuevo gobierno, después de variadas aventuras había hecho de Pasto un fuerte reducto realista, apoyado por la decidida adhesión de esa provincia al régimen español. Al verse reforzado con tropas limeñas, decidió iniciar operaciones sobre la provincia de Popayán y puso en peligro la libertad de vastas comarcas. Estas noticias llegaron al interior de la Nueva Granada, porque el peligro para todas ellas era inminente pues, al avanzar Sámano, le hubiera sido fácil ocupar el centro y restablecer el dominio de España. Tanto el Estado de Cundinamarca como el Congreso de las Provincias cerraron filas ante tan fatal amenaza para la libertad que ponía en aprietos a todo el Cauca y que conmovió la provincia de Antioquia. Debía formarse un ejército numeroso, disciplinado y bien conducido que fuera a oponerse al avance de los españoles. El Colegio Electoral hizo a Nariño Teniente General y se comenzaron los preparativos de la campaña que se llamó del Sur.

Estos peligros comunes aunaron las voluntades antes opuestas. Provincias como el Socorro y Tunja, antes adversarias de Nariño, enviaron valiosos contingentes de soldados y oficiales para el ejército. Lo mismo hizo Antioquia e hicieron las patriotas ciudades del Valle del Cauca.

Los preparativos fueron intensos y complicados porque se trataba de una verdadera expedición militar diferente a las de las anteriores guerras intestinas. Se reclutaron tropas, se formaron los distintos cuerpos, se les dotó de vestuario y armamentos y se procuró allegar la más brillante y capaz planta de oficiales para mandarlo. Por esto varios oficiales extranjeros fueron llamados e incorporados a nuestras fuerzas. Por comandante general fue señalado Antonio Nariño.

Las tropas comenzaron a marchar, como vimos, desde el 13 de julio, y poco a poco fueron partiendo los distintos contingentes. Nariño, atento a los múltiples preparativos solo pudo marchar el 21 de septiembre, dejando en el gobierno, como presidente interino, a su tío don Manuel Bernardo Alvarez. El crónista José María Caballero nos describe así la salida de Nariño: "Salió para la expedición del sur el Excelentísimo Señor Don Antonio Nariño, presidente de Cundinamarca. Salió de palacio a caballo, pues aunque estaba el coche a la puerta no quiso salir en él; salió muy bizarro, con sombrero de mariposa al tres, con un famoso plumaje de independencia, tricolor. Salió mucha gente a sacarlo".

CAPITULO XIII

AUXILIOS A BOLIVAR PARA LA CAMPAÑA ADMIRABLE

Hay un episodio histórico que frecuentemente se olvida y sobre el cual deberíamos recalcar los actuales colombianos. Se trata de la acogida que en el territorio de la Nueva Granada recibieron Simón Bolívar y los demás emigrados de Venezuela a quienes había hecho salir de su patria la primera reconquista española. Ciertamente que entonces los naturales de todas las colonias españolas nos mirábamos como compatriotas, pero no es menor verdad que los patriotas venezolanos recibieron hospitalidad, cargos en el mando militar y las consideraciones que merecían. Bolívar, después de haber experimentado dolorosos fracasos, encontró en Cartagena el beneplácito del gobierno y un empleo militar que él supo honrar realizando sus dos campañas del Magdalena y de Cúcuta, victoriosas las dos y que lo acercaron a la frontera del Táchira, espoleando su deseo vehemente de emprender campaña en Venezuela y reconquistar

allí a un tiempo la patria perdida, la confianza en sí mismo y el aumento de su prestigio. Para esa guerra la Nueva Granada no fue avara en auxilios de hombres y hasta Cundinamarca y Nariño, que se hallaban preparando el tremendo esfuerzo de la campaña del Sur, contribuyeron con un contingente para la de Venezuela, y muchos oficiales de los que se habían formado en nuestra incipientes guerras fueron a ponerse a órdenes de Bolívar en su cuartel general de Cúcuta.

Desde esta ciudad emprendió Bolívar la campaña que se llamó admirable, que lo llevó de triunfo en triunfo hasta Caracas y que le ganó el título de Libertador que por primera vez, le fue otorgado al entrar victorioso a su ciudad nativa.

COMIENZA LA CAMPAÑA DEL SUR

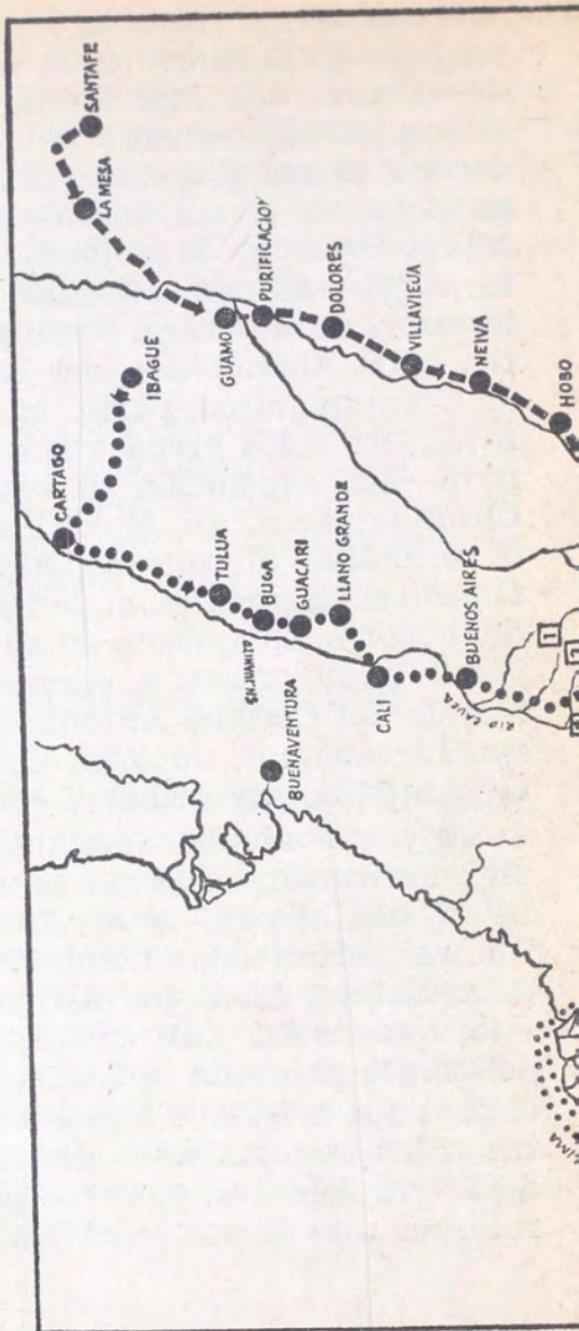
Detener los avances de Sámano hacia el interior del país, reconquistar a Popayán, libertar a Pasto y avanzar hacia Quito eran los propósitos de la gran campaña iniciada a mediados de 1813. Para esta formidable empresa militar no se ahorraron preparativos ni trabajos. Fue un bello momento de cohesión nacional: las provincias, antes tan independientes y celosas, entregaron ahora su espléndido contingente de hombres y recursos con toda generosidad. Por primera vez, acaso, la unión de los granadinos se operaba en beneficio de un bien común y de un plan armónico.

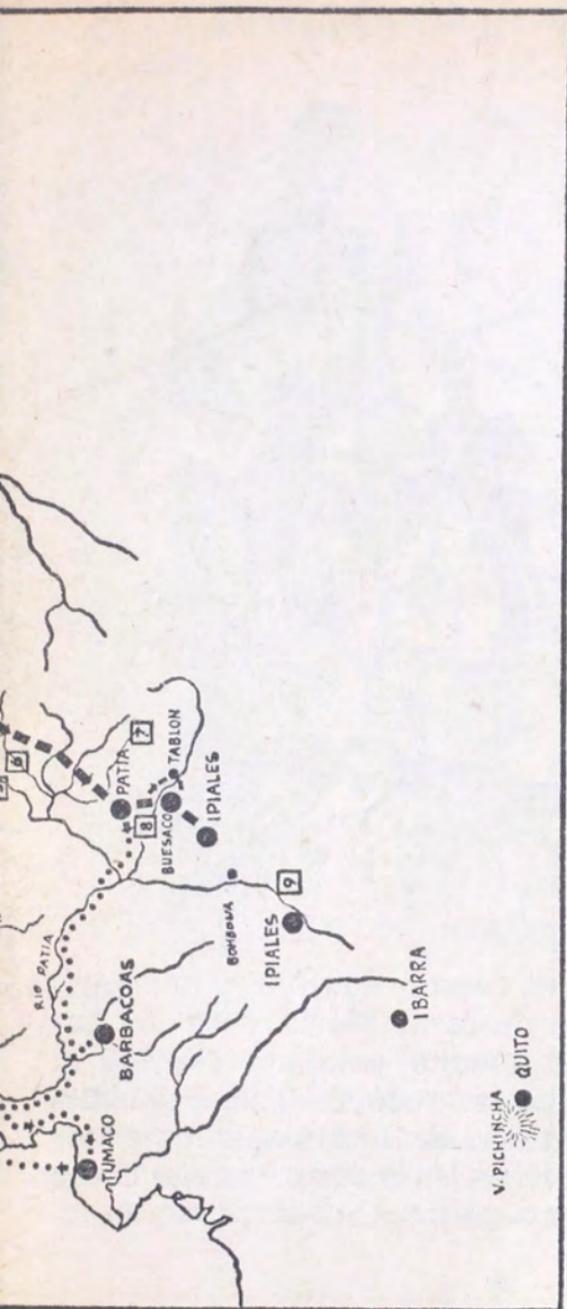
Hasta donde fuera la extensión de esta cohesión nacional para la campaña nos lo indican las líneas del Abanderado José María Espinosa que adelante citaremos. Al recuerdo de Nariño en la Campaña del Sur estará perpetuamente ligado el de este gran patriota y a la vez notable pintor y dibujante José María Espinosa. Muy joven, casi apenas adolescente, sentó plaza como militar, acompañó a Nariño en la campaña de Tunja y con el lucido y bien ganado título de Abanderado del Batallón de Granaderos de Cundinamarca, partió hacia el sur. Dice así, refiriéndose a los preparativos: "Salieron de Santafé para esta expedición el batallón **Granaderos de Cundinamarca**, en el cual estaba ya incorporado o refundido el antiguo Auxiliar; el Batallón de **Guardias Nacionales**, el de **Patriotas**, el de Tunja, el del Socorro, compuesto en su mayor parte de cucuteños, pamploneses y veleños. La caballería iba al mando del Coronel Antonio Nariño, hijo del General. Llevábamos, además, un gran tren de tiendas de campaña, pertrechos y equipajes".

Hay que añadir que Antioquia contribuyó con algunos contingentes que se unieron al Ejército más tarde, que al paso de las tropas por lo que hoy es Tolima y Huila, los hombres maduros, los jóvenes entusiastas y hasta los clérigos, se sumaban al ejército, que de las muy patriotas ciudades del norte del Cauca provenía la lujosa caballería de la expedición, que artilleros formados en Santafé transportaron los pesados cañones hasta que los indígenas de Tierra Adentro, ganados por la simpatía de Nariño por uno de sus jefes, los reemplazaron en este

CAMPAÑA DE NARIÑO EN EL SUR

1813 — 1814





R. OVEJAS	1	CALIBIO	4	R. MAYO	7
BAJO PALACE	2	R. QUILCASE	5	R. JUANAMBU	8
ALTO PALACE	3	R. GUACHICONO	6	R. CARCHI-GUAITARA	9

- CAMPAÑA DE NARIÑO 
- FUERZAS DE RODRIGUEZ 
- FUERZAS DE GUTIERREZ 



penosísimo trabajo, pues fueron auxiliares necesarísimos en el transporte de la artillería y de los bagajes por caminos que apenas estaban abiertos al paso de los arrieros o de las recuas. Todos sin distinción de región, de raza, de fortuna, sin pensar como carracos o pateadores, sino simplemente como patriotas, prestaron su contingente.

DIFICULTADES GEOGRAFICAS



El teatro de la campaña iba a ser extensísimo y muy difícil. Las tropas concentradas en Santafé debían descender al valle del Magdalena, cruzar los extensos llanos del norte hacia el sur, ascender luego la cordillera Central por el camino de Guanacas, para caer al alto Cauca, donde irían a chocar con

sus adversarios. De Popayán hacia el sur las dificultades serían aún mayores, pues suponían descender al ardientísimo valle del Patía y luego retrepar por las vertientes empinadas de la cordillera, vadear atormentados ríos e ir a combatir en regiones señaladas por su adhesión al rey y por su constancia y su valentía. Todos los climas, desde los helados de los páramos hasta los sofocantes del Patía, iban a ser cruzados por soldados bisonños, insuficientemente dotados de elementos, con reducidos servicios de equipajes, sanidad, alojamiento y víveres. Afortunadamente para esos soldados y como era uso entonces —y lo siguió siendo en nuestras guerras del siglo pasado—, las mujeres voluntarias seguían al ejército y, por amor y abnegación, prestaban esos servicios, redimiendo con sus sacrificios lo que de censurable hubiera en su conducta.

Las tropas fueron partiendo escalonadas, precisamente para facilitar su movimiento en tan largas etapas y en las difíciles condiciones en que se movían. En las mismas marchas y en las etapas, los oficiales, entre los cuales había un buen número de extranjeros, iban instruyendo a los soldados en el manejo de las armas, en las distintas evoluciones y cambios de formación, en el reconocimiento de los toques de corneta, única forma que entonces se utilizaba para dar órdenes sobre el terreno.

Los españoles tampoco descuidaban su preparación. Sámano había recibido poderosos auxilios de don Toribio Montes desde Quito y contaba con la lealtad de los patianos y pastusos que engrosaron

sus tropas y que eran preciosos soldados, tanto por el conocimiento del terreno como por su valentía y decisión.

En La Plata Nariño tuvo que desprenderse de un buen número de oficiales extranjeros sospechosos de deslealtad. De todos modos le quedaron algunos que fueron de gran utilidad, como Virgo, Comandante del Batallón Cazadores, Veverley, Ludovico, Robin, Castel, Dufaure y otros.

El primer encuentro formal de la campaña sucedió en el Alto Palacé, ya muy próximos a Popayán. Aquí fue derrotado Sámano, especialmente por la vanguardia mandada en ese momento por el Coronel José María Cabal. Los españoles replegaron, a su paso por Popayán volaron el parque de municiones, causando daños y abandonaron la ciudad a la que entró Nariño al día siguiente 31 de diciembre de 1813.

CALIBIO

Asín, jefe español de reconocido prestigio y vencedor en varias batallas campales, venía a reunirse con Sámano, perseguido por tropas patriotas al mando del Coronel José Ignacio Rodríguez. Era pues inminente otra batalla, aún mayor y de más peligros que la librada en el Alto Palacé, pues Asín reunía mil quinientos soldados y siete piezas de Artillería. El combate tuvo lugar en el llano de Calibío, a donde fue a atacarlo Nariño saliendo de Popayán.

La batalla se inició por la artillería de los dos contendores; terminado ese duelo de los cañones, entró en acción la fusilería por espacio de tres horas de fuego encarnizado. El resultado fue una completa victoria para Nariño. Murieron Asín y ocho oficiales más, hubo cuatrocientos entre muertos y heridos y cayeron prisioneros trescientos soldados del ejército español. Nariño regresó victorioso a Popayán.

LA ESPERA EN POPAYAN

Es fácil criticar desde un escritorio las operaciones militares que realiza un jefe en el curso de una campaña y más si el resultado final de ésta es adverso. Así ha sucedido con Nariño, le han sobrado críticos y le han faltado quienes analicen fríamente sus aciertos y sus errores. Uno de los que más se le han echado en cara es el de haberse demorado en Popayán, en lugar de haber emprendido una inmediata y fulgurante persecución de los derrotados. En efecto, Nariño se detuvo en Popayán por espacio de más de un mes, pero no empleó este tiempo en estériles actos en celebración de su triunfo sino en esperar fuerzas que debían venir a incorporársele de otras provincias, en restablecer su ejército, en allegar recursos que no se le ofrecían espontáneamente sino que tenía que obtener mediante requisas, empréstitos forzosos y embargos. Este tiempo que él perdió en tales cosas lo emplearon sus adversarios en reforzarse, en escoger y fortificar los

mejores lugares para oponérsele, en cortar puentes y tarabitas, en inutilizar caminos y en mover contra él a los tenaces y valientes habitantes del Patía por donde obligatoriamente habría de pasar en el curso de su marcha hacia Pasto.

Por fin a comienzos de febrero de 1814 se movió el ejército hacia el sur para la parte más difícil y más ingrata de su campaña. En el valle del Patía muchos oficiales y soldados fueron atacados de calenturas, o sea fiebres palúdicas. Los soldados que por enfermedad o cansancio se quedaban rezagados corrían una triste suerte, pues partidas de patianos caían sobre ellos de improviso, los mataban cruelmente y colgaban sus despojos de los árboles para escarmiento e intimidación de los patriotas, se robaban las bestias, asaltaban el convoy de los equipajes, estorbaban las comunicaciones y hacían cuantos daños les eran posibles. Con todo, el ejército seguía su marcha diezmado por las fiebres y los enemigos y metiéndose en un territorio cada vez más peligroso y difícil.

A principios de abril el ejército llegó al paso del Juanambú, o sea al mayor obstáculo que hasta entonces se había presentado a su marcha.

LA BATALLA DE JUANAMBU

Esta acción de guerra ha sido estudiada por un distinguido oficial e historiador, el Mayor Camilo

Riaño, desde un punto de vista estrictamente técnico. Reduciendo al lenguaje corriente que deliberadamente hemos empleado a lo largo de toda esta biografía, podemos resumir así lo acontecido en Juanambú.

Sámano, después de su derrota, fue reemplazado en el mando por el Mariscal de Campo don Melchor Aymerich. Este obró con celeridad, incorporó a su ejército milicias de Pasto y fortificó el sitio del paso del Río Juanambú, al mismo tiempo que recibía valiosísimos auxilios de personas importantes muy adictas a la causa realista, entre ellas de algunos clérigos.

El sitio del Juanambú es militarmente inexpugnable, pues el río muy caudaloso pasa a grandes profundidades, cuyas paredes forman precipicios difíciles y en los cuales Aymerich había dispuesto fortificaciones. Dominan el lugar las alturas de Buesaco y el Boquerón, puntos fuertes. Desde el 15 hasta el 19 de abril se hicieron operaciones preparatorias del gran combate que habría de librarse el 20 de abril y que se prolongaría por más de una semana, a partir de tal fecha.

Como en Calibío la acción del 20 de abril comenzó por un duelo de las dos artillerías. Nariño dispuso un ataque por varios puntos, enviando fuerzas parciales al mando de sus oficiales, mientras él daba un ataque frontal, tratando de cruzar el río a presencia del enemigo. Logró colocar una tarabita y

el combate tuvo episodios favorables y de buena conducción por parte de los patriotas, pero se estrelló contra las fortificadas posiciones de su enemigo. Siguieron otras operaciones menores hasta que Nariño decidió jugarse el todo por el todo el 28 de abril. Este combate empezó a las 8 de la mañana. Nariño había dispuesto que el Comandante Virgo con el Cazadores, dando un rodeo flanqueara la posición, y él atacó con todo el vigor posible para intentar el paso del río bajo el fuego ventajoso de su adversario. Aymerich trató de contra-atacar pero tuvo que tocar retirada, abandonando a Nariño esa posición ventajosísima y dejándole abierto el camino hacia Pasto, objetivo inmediato de la campaña.

No hubo en nuestras guerras de independencia en territorio granadino una acción más prolongada que la del paso del Juanambú y librada contra obstáculos mayores ofrecidos por la misma geografía del sitio y por las fortificaciones del enemigo. Sin embargo, Nariño y su valeroso ejército obtuvieron allí una victoria contundente, en concepto del mismo español Montes Presidente de Quito. Infortunadamente para Nariño la derrota que experimentó en Pasto poco después, le quitó el triunfo de la campaña y con él el reconocimiento de cuanto había hecho de acertado y heroico para conducir su ejército hasta las propias casas de Pasto.

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS ANGEL ARANGO

— 101 — CATALOGACION

LOS TRAGICOS EJIDOS DE PASTO



Son los ejidos terrenos comunales cercanos a las ciudades y administrados por los cabildos. Eran una institución española que ha perdurado en algunas partes de nuestro país. Para llegar a los ejidos de Pasto, Nariño tuvo que pelear dos encuentros más, ambos afortunados, uno en Cebollas y otro en Tacines. La impaciencia lo consumía por ocupar a Pasto. Lo que pudo perderse por demora en Popa-

yán, a juicio nuestro, vino a perderse por precipitación en Pasto. Es cierto que la cosa parecía tan ha-cedera y concluída que las mismas tropas regulares españolas abandonaron la ciudad. Pero para defenderla quedaban sus aguerridos habitantes, cono-cedores del terreno palmo a palmo, diestros en los combates aislados de guerrilla, fanáticos por su rey y por su religión a la cual creían amenazada, esti-mulados por los vecinos principales de la ciudad, Nariño, dejando en Tacines la Artillería, cosa inex-plicable en él que tanta fe tenía en esta arma, mar-chó con parte de su ejército sobre Pasto. A la vista de la ciudad codiciada se enardeció su urgencia le ocuparla y dividió su ejército en tres columnas. Fue un largo combate que duró todo un día, desde la salida del sol hasta la noche. Hubo muchas alter-nativas en un combate tan largo. En un momento dado, Nariño que iba al frente de una de sus co-lumnas, se vio con su caballo herido de muerte y rodeado de enemigos. Con impavidez extraordinaria desenfundó sus pistolas y así, a horcajadas todavía sobre el cadáver del animal, se defendió a tiros y pudo escapar de verse preso o muerto en el acto. El combate se prolongaba y se repartía en muchas ac-ciones. Una de las columnas, al mando del valiente coronel socorrano Pedro Monsalve, se vio envuelta y en derrota y tomó el camino de la retirada hacia Tacines, llevando allí la infausta noticia de una de-rrota completa.

Se ha dicho, se ha escrito y se ha repetido hasta la saciedad que fue la traición del Coronel José Ig-nacio Rodríguez la que motivó el abandono del cam-

po de Tacines y la derrota definitiva de Nariño. Pero, a la luz de memorias y documentos, podemos asegurar que ese cargo es injusto. En Tacines había en ese momento cuatro oficiales de grado superior y fueron ellos en una junta los que decidieron, en atención a lo que Monsalve había visto en Pasto y a las noticias que iban llegando por soldados dispersos y fugitivos, abandonar el campo y retroceder. Esos cuatro oficiales fueron: Virgo, Comandante del Batallón Cazadores; Cancino, Comandante de la Artillería; Monsalve, Comandante del Batallón Socorro y Rodríguez, Comandante del campo de Tacines. Todos ellos habían dado muestras de su valor durante la campaña: los tres colombianos, Monsalve, Cancino y Rodríguez, estaban llenos de méritos desde los días del 20 de julio. Pero hubo un pánico, creyeron a Nariño derrotado y preso, y al ejército patriota disperso, como podían verlo en los fugitivos que iban llegando. Entonces ordenaron clavar los cañones, derramar la pólvora, levantar prontamente las tiendas y retirarse.

Nariño no desesperaba de entrar victorioso a Pasto, reunió a unos cuantos de los suyos y vino a Tacines. Al ver la desolación que allí reinaba y no hallar ni un soldado, y en cambio, mirar desbaratado el campamento e inutilizada su artillería, comprendió que todo estaba perdido. Dispersó a los suyos para que pudieran evadirse u ocultarse mejor y él solo, envuelto en su capote militar que disimulaba el uniforme de general en jefe, se perdió por entre aquellos zanjones y malezas tratando de disimular su persona. Así concluyó la gran campaña del sur.

CAPITULO XIV

LA ENTREGA Y LA CUARTA PRISION

La estatua más popular de Nariño es la que nos lo muestra en la actitud que asumió al presentarse en el balcón frente a la multitud reunida en la plaza de Pasto. Pero creemos que no se nos ha explicado bien por qué nuestro Precursor tuvo que asumir esa actitud ni por qué fue tan importante en su vida.

Nariño estuvo errando perdido por casi dos días entre los vericuetos de aquella comarca desconocida para él. Sabía cuánto le odiaban los pastusos, a quienes había tenido que talar sus campos y quitar sus ganados para sustentar su ejército, a quienes había



combatido con encarnizamiento todo un día en las goteras mismas de la ciudad, sabía con cuán oscuros colores se habían presentado al pueblo de Pasto la independencia, el ejército del sur y su comandante. Sabía que se le llamaba tirano, hereje, que se le acusaba de crueldades que muy lejos estuvo de cometer y que se le reputaba el más siniestro de los enemigos. Caer en manos de tan porfiados enemigos era ir a una muerte segura. Por eso, abotonado el gabán hasta el cuello, tratando de pasar inadvertido estuvo escondiéndose hasta que el hambre y la necesidad lo obligaron a tratar de buscar contacto con algunas personas y cayó en manos de una de esas partidas que iban recogiendo prisioneros y que eran mandadas por gentes ignorantes y rudas, estimuladas hacia la venganza al ver su territorio invadido y saberse vencedoras. Si esta partida hubiera sabido que ese nuevo prisionero que se les sometía era el odiado jefe o siquiera uno de sus oficiales superiores, lo hubieran ejecutado allí contra uno de esos barrancos. Nariño, con una presencia de ánimo extraordinaria, se hizo pasar por un oficial patriota que no ignoraba el paradero de Nariño. Pero tan importante noticia sólo podía comunicarla al General en Jefe. Por eso era necesario que lo condujeran a presencia de Aymerich, a quien haría sus importantes revelaciones. Con este ardid salvó la vida momentáneamente.

La voz corrió rápidamente: había un oficial que los iba a poner en la pista del odiado Nariño. Lo llevaron al Cuartel General o alojamiento del Mariscal

español, situado en una casa de las principales de la ciudad, con fachada de balcones sobre la plaza. Ya a solas con el jefe enemigo, Nariño se dio a conocer. Era el General insurgente. Pero, con otra audacia grande, no se presentó a pedir clemencia como vencido sino a ofrecer condiciones como parlamentario. Había habido importantes oficiales españoles presos de los patriotas en las acciones anteriores; en el vasto territorio que obedecía a Nariño había muchos españoles que podían ser víctimas de una muerte inmediata como represalia de lo que se hiciera a Nariño, si es que Aymerich se atrevía a fusilarlo; se había perdido una acción por la fatalidad, pero Sámano y Aymerich mismo habían experimentado lo que podían dar de sí los ejércitos patriotas, mejor era un entendimiento que la continuación de la guerra y Nariño podía ser remitido a Quito para conferenciar con Montes, en caso de que no se quisiera hacer un canje inmediato entre él y los oficiales realistas en poder de los patriotas.

Aymerich era un caballero y un adversario leal. Nariño tenía los derechos que no se le niegan a los enemigos honorables y francos. Pero en tanto el pueblo de Pasto, engolosinado con su triunfo, deseoso de tomar venganza en la persona del jefe enemigo, pugnaba y gritaba porque el oficial prisionero cumpliera su palabra de decirles dónde estaba Nariño oculto. Fue entonces cuando en un bizarro y elegante gesto para calmar aquella plebe excitada que clamoreaba en la plaza, salió al balcón, desabotonó su gabán, hizo ver su uniforme y la banda tricolor que cruzaba su pecho, y pronunció las com-

prometedoras palabras: "Si queréis al general Nariño, aquí lo tenéis". Era un desafío y a la vez un gesto de confianza en ese pueblo en cuyo seno se encontraba inerme y vencido. La intrepidez y lo inesperado del gesto obraron un fenómeno imprevisto. El pueblo vociferante se fue retirando y cesó en sus voces, dominado por la actitud del prisionero, que es la misma que repite el bronce en varios lugares de Colombia. Pero no por ese gesto Nariño dejaba de estar preso, preso de Aymerich y preso del pueblo de Pasto que era quien realmente lo había vencido en los ejidos de la ciudad, cuando ya las tropas veteranas españolas habían abandonado sus cuarteles desesperadas de poder defenderla.

EL LARGO CAMINO

Nariño estuvo preso y de nuevo con grillos, esperando la decisión de Aymerich y del Presidente Montes de Quito, a quien se consultó sobre sus propuestas. A veces le llegaban gritos y amenazas porque las multitudes son volubles. Por fin llegó la orden de conducirlo a Quito. Del prestigio de nuestro prócer es testimonio que para custodiar a un pobre prisionero vencido, se destinara una escolta de doscientos soldados. Años más tarde dirán sus enemigos que estaba ausente de su patria por su gusto.

Fue un largo camino el que emprendió Nariño ese día del año de 1814 en que dejó a Pasto con destino al sur. Primero hacia Quito. Pero Quito, bajo

el férreo dominio de las tropas venidas de Lima que tan siniestros recuerdos habían dejado en la ciudad, ocultaba mucho sentimiento patriótico y las autoridades creyeron que la presencia de Nariño en la ciudad podría provocar un alzamiento y por caminos desviados lo hicieron pasar adelante sin dejarlo entrar. Más leguas de penoso viaje hasta llegar a Lima y de Lima unas leguas más, a los castillos del Callao, tan fuertes como los de Cartagena que había conocido bien cinco años antes.

Pero las bóvedas de los fuertes del Callao no serían el término de su largo viaje. Luego lo embarcan con destino a España, siguiendo la prolongada ruta por el Cabo de Hornos y el Atlántico hasta Cádiz. Una vez había logrado fugarse del San Gabriel en la rada de esa ciudad. Ahora no es así, sino que va a dar a las bóvedas de los arsenales y a otras prisiones, donde tiene que esperar otros cinco años con los mismos grillos, pero con menos esperanzas porque ya no hay en la lejana Santafé una abnegada mujer que interceda, importune y clame ante las autoridades.

CAPITULO XV

ESOS CINCO AÑOS

Esos cinco años que Nariño pasa en las prisiones de Cádiz son los más intensos de la Historia de Colombia. En 1815 se produce la reconquista española. Llega a nuestras costas la expedición pacificadora de don Pablo Morillo, Cartagena se rinde después de un largo asedio de cien días, las columnas de invasión se reparten por todo el país y van cayendo las ciudades y se van desmoronando los escasos ejércitos de la patria. Se instala luego el régimen del terror, con sus consejos de guerra, sus fusilamientos, las prisiones, los destierros, los confinamientos. A los cadalsos suben muchos de los compañeros o adversarios de Nariño: Jorge Tadeo Lozano, a quien había él sustituido en el gobierno de Cundinamarca; Camilo Torres, quien como corifeo del federalismo había sido su más señalado adversario; José María Carbonell, el primero de los pateadores; Baraya, que había defecionado de su obediencia y lo había combatido tan decididamente; Caldas, que había sido subalterno, primero y enemigo, luego, de los ejércitos

de Cundinamarca; don José Ramón de Leyva, uno de sus mejores amigos y su más leal compañero de armas; José María Cabal, quien salvó restos del ejército después del desastre de Pasto; don Manuel de Bernardo Alvarez, su pariente y su presidente interino en Cundinamarca; Villavicencio, su protector en Cartagena; y tantos y tantos otros que pagaron con su sangre su adhesión a la libertad y a la independencia y sus desvelos por organizar una república, para que quienes usufructuamos de ella continuemos llamándolos próceres de la Patria Boba. Acaso fue para Nariño un beneficio haber caído preso en Pasto, pues hubiera corrido una suerte igual a la de los demás mártires de esos aciagos años de 1815 a 1819.

No es de esta historia referir cómo de unos dispersos restos de tropas aisladas en varios sitios de Casanare se fue formando un núcleo respetable, ni cómo el Libertador, con talento indiscutible, envió desde Venezuela a Francisco de Paula Santander, con el grado de General, para que tomara el mando, organizara la administración y el ejército y aunara todas aquellas partidas para formar una división en planta de combatir.

Tan bien lo hizo el general granadino, que podía informar poco después a Bolívar que la División de Casanare se hallaba en magnífico pie, que contaba con más de mil caballos, que la infantería estaba organizada en dos batallones y que del interior del país le llegaban alentadoras noticias de guerrillas que combatían a los españoles y de soldados que de-

sertaban de sus filas para ir a unirse con los patriotas de los Llanos. Estas noticias y la llegada de algunos contingentes ingleses determinaron a Bolívar a cambiar su teatro de operaciones, trasladándose de Venezuela a la Nueva Granada. Este fue el punto de partida de la gran campaña libertadora de 1819 que culminó con la victoria decisiva y rotunda del 7 de agosto en Boyacá. Sámano huyó en la madrugada del 9, dejando abandonada una ciudad donde todavía se veían los andamios de los patíbulos y había miembros mutilados de mártires patriotas en las escarpas. Los libertadores entraron en la capital el 10 de agosto, se restableció la república e inmediatamente se fue extendiendo la libertad a todas las provincias.

NUEVAMENTE EN LIBERTAD

Pero Nariño hubiera pasado aún muchos años en prisión o hubiera muerto en alguna anónima celda de las bóvedas o de los hospitales, si un suceso inesperado no le hubiera abierto la puerta del calabozo.

En algunos puertos de España se acumulaban tropas y barcos para una segunda expedición reconquistadora, más fuerte aún que la de Morillo. Pero la nueva armada no zarpó gracias a que los soldados y la oficialidad joven de esos cuerpos se sublevaron al grito de libertad y de constitución en vez de absolutismo. Don Rafael de Riego encabezó el pronunciamiento y por eso se llama en la historia española

Revolución de Riego esta que estalló el 1º de enero de 1820. Fue transitorio el triunfo de Riego. España volvió al absolutismo más degradante, pero ese re-tazo de luz bastó para que cambiara la suerte de Nariño. La revolución puso en libertad a los presos políticos y las cárceles se abrieron. Después de más de cinco años de oscuridad, de grillos y de padeci-mientos, Nariño volvía a ver la luz del sol y a res-pirar aires de libertad.

LA ATRACCION DE LA TINTA DE IMPRENTA

Para Nariño una de las cosas que significa la li- bertad es el escribir por la prensa. De la prensa de imprimir salió la Declaración de los Derechos del Hombre que lo hizo precursor y confundió su suerte con la de la independenciam. De la prensa de impre- mir salió **La Bagatela** que lo llevó al poder de Cun- dinamarca. De las prensas de imprimir salen ahora unos artículos llamados cartas. Las firma Enrique de Samoyar. Este Samoyar parece estar muy infor- mado de las cosas de América, inmediatamente se lía en una fuerte polémica contra la conducta, los métodos y las atrocidades que cometieron Morillo y su ejército en la pacificación. ¿Quién es Enrique de Samoyar? El verdadero, el de carne y hueso, había muerto ya. Se trata de aquel acaudalado y carita- tivo comerciante de Cartagena que recogió en su casa al indigente Antonio Nariño y Ortega cuando

andaba mendigando medios para sustentar a su padre en los castillos de Cartagena, por allá diez años atrás. Nariño, el resucitado de Cádiz, le rinde ese discreto pero conmovedor homenaje, el de utilizar su nombre al salir de nuevo a la guerra de los tipos de imprenta.

Bien distinta es su situación en esta España de 1820 a la de la España de 1795 que él había vivido. Ahora no es un fugitivo sino un hombre respetable a quien se piensa en hacer diputado a cortes por las provincias de América. Pero Nariño siempre las ha visto venir, si la primera vez que estuvo en España se puso a salvo en Francia, ahora se pone a salvo en Gibraltar, punto extremo de la península en posesión de los ingleses. De allí pasa a Francia, pero no para conspirar, sino para tratar de volver a su tierra.

La ruta va a ser diferente esta vez, ya no viene disfrazado, con pasaporte falso ni bajo la amenaza de la policía. Tampoco es el mismo su puerto inmediato. Los destinos de la patria se están rigiendo ahora desde el cuartel general de Bolívar en Angostura y Nariño deja el barco de mar y pasa a uno de los lentos bongos que suben el Orinoco. En el cuartel de Achaguas se encuentran Bolívar y Nariño. Nunca se habían visto pero conocían cada uno de los dos los hechos del otro. Fueron cortas entrevistas pero de ellas resultó Nariño nombrado Vicepresidente de Colombia y recibió de Bolívar el encargo de organizar e instalar el primer congreso constitucional de la nueva república, el cual debía reunirse en la Villa del Rosario de Cúcuta en enero de 1821.

CAPITULO XVI

EN EL PODER OTRA VEZ

A mitad de este librito observábamos cómo al regresar de Cartagena, poco después del 20 de julio, Nariño no encajó de inmediato en la nueva situación que se había planteado. Peor fue en Cúcuta, como lo anota uno de sus biógrafos más acertados, don Tomás Rueda Vargas, quien dice que fue allí como un resucitado. Ciertamente logró instalar el Congreso Constituyente de 1821 y que presentó en él un proyecto de constitución. Pero había hombres de prestigio más nuevo y que habían ganado campañas y habían obtenido victorias decisivas, como Santander. Los dos no se entendieron y chocaron en sus primeros contactos. No en vano Santander había sido oficial federalista de los que cayeron prisioneros el 9 de enero de 1813 del entonces victorioso presidente Nariño. Los dos fueron candidatos en la elección que se hizo dentro del Congreso para nombrar el nuevo vicepresidente y el Precursor salió derrotado. Amén de este incidente, le ocurrieron otros que lo desengañaron. Con pretexto de su salud abandonó el Ro-

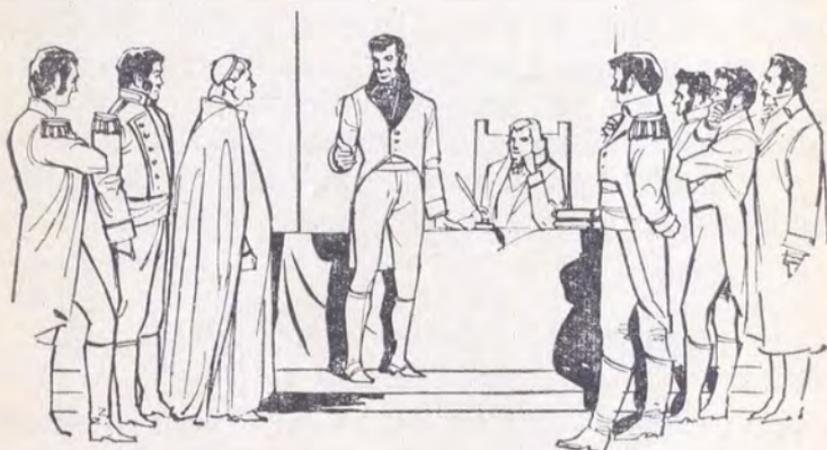
sario de Cúcuta y regresó a Santafé, a la que no veía desde 1813.

Pero Santafé ya no era Santafé. Por mandato de la Ley Fundamental dada en Angostura, se llamaba ahora simplemente Bogotá. Ni el nombre ni las gentes eran iguales porque en lugar de ese respeto unánime y de esa adhesión entusiasta que antes provocaban su nombre y su presencia, ahora le esperan amargas sorpresas. Se le da un cargo más nominal que efectivo, el de comandante militar de la plaza. Pero una oficina administrativa del ejército no es su ambiente mientras haya imprentas a su alcance. Ronda por ellas y saca un nuevo periódico de oposición. Esta vez se llama **Los Toros de Fucha** y va enderezado contra Santander y su gobierno. Bien distinto era el arriscado General Santander, al manso don Jorge Tadeo Lozano, y el nuevo periódico en vez de llevar a Nariño al sillón del poder lo llevó a sostener un airado interrogatorio del vicepresidente. Nariño no se inmutó ante el mandatario, le respondió con respeto socarrón y continuó sacando su hoja impresa.

EL MAS DOLOROSO EPISODIO

Creemos que no fueron los grillos, ni los calabozos infectos, ni el hambre corporal, ni la escasez monetaria, ni los averiados pulmones, lo que hizo más mella en Nariño; fue esa acusación que se llevó al Senado de la República para invalidar su elección

como senador, porque los tres cargos en que se sustentaba tenían mucho de calumnia, de verdad incompleta, que es una mentira total. Nariño no era deudor a la renta de Diezmos pues sus fiadores habían pagado por él y habían obtenido finiquito de las cuentas. Tampoco era su culpa si no había satisfecho a los fiadores, porque ellos solicitaron del gobierno que se le entregara a Nariño la administración de los restos de su fortuna para que, bien administrada, pudiera satisfacer lo que les debía. Fue el oidor Hernández de Alba el que no quiso acceder a esta solicitud de quienes habían fiado a Nariño y ahora volvían a confiar en él. En cuanto a que estuviera ausente del territorio por su gusto, bastaba recordar en qué circunstancias había abandonado el



país por última vez, entre doscientos soldados y en prisiones. Su defensa fue una brillante pieza de oratoria parlamentaria. Deshizo los cargos, pulverizó a

los acusadores, utilizó lo conmovedor, lo documental, lo burlesco, lo sublime. Satisfecha así su última vanidad de hombre público, solo le quedaba prepararse a bien morir.

EL REGRESO A LA SENCILLEZ DEL CAMPO

Nariño siempre amó al campo y a los campesinos. Por los predios de Sopó, de La Conejera, de Tibabuyes, daba largas salidas a caballo que añoraba luego desde España. En la hacienda de Montes y en la estancia de La Milagrosa, el campo le devolvió la salud. Distante en Francia no olvidaba los paisajes de su tierra y en su escaso equipaje introdujo las semillas del carretón para traerlas a los potreros de la Sabana, a las vegas del alto Sogamoso. Con el venerable cura Mesa de Turmequé se cruzaban cartas en que en vez de política se habla de engorde de ganados, de compra de reses flacas para cebarlas a todo pasto. Ahora vencido en la carrera de los honores públicos, desengañado de la política, ultrajado en el recinto de los congresos, dispersos y casados los hijos, don Antonio va a regresar al campo. Renuncia su destino y solo, en lentas jornadas, va acercándose al lugar que ha escogido como el de su tránsito de esta vida mortal, la Villa de Leyva.

Los paseos a caballo fueron uno de los remedios que le dieron los tres médicos que lo examinaron para

sacarlo de la cárcel del Cuartel de Caballería. Ahora da paseos por la Villa, por Sáchica, por el Santo Ecce Homo. Es diciembre y son días de sol, de luz limpia, de alegría de aguinaldos que se van acercando.



También se va acercando la muerte y Nariño ha sido siempre un buen cristiano. Las monjitas del Carmen y los curas del convento de San Agustín son sus tertulianos, no le cuesta ningún trabajo confesarse y lo hace con naturalidad, sin espectáculo. El mismo se ayuda a la hora de la extremaunción. El doctor Gutiérrez, médico y literato a la vez, viene a auscultarlo y va registrando los progresos de la enfermedad. Discretamente le advierte que todo está por terminar.

Nariño lo sabe y no lo teme, no se crispa ni va a hacer una agonía espectacular sino discreta. Hace venir a los coristas del pueblo para que le canten algunos salmos, vestido completamente se sienta en el sillón de siempre a recibir un último rayo de sol. Está en paz con Dios y en cuanto a los hombres, muchas veces ha estado en guerra con ellos y sabe que esa guerra seguirá en escritos y palabras después de

su muerte. Pero él sabe que algún día, no importa si lejano o cercano, se le hará justicia y dice lentamente: “Amé a mi patria; cuánto fue ese amor lo dirá un día la historia”; eso en cuanto a la gloria, en cuanto a la fortuna: “No tengo qué dejar a mis hijos sino mi recuerdo; a mi patria le dejo mis cenizas”.

Era el 13 de diciembre de 1823 a las cinco de la tarde. Había allí varios sacerdotes, uno de ellos Fray Salvador de Santa Gertrudis Roa, escribió a uno de sus cofrades en una carta: “Lo asistí hasta que finara, que fue el sábado 13 a las cinco de la tarde. Me pidió que lo auxiliase con salmos, escogiendo los más a propósito para aquellos momentos terribles, y varios textos de la escritura sagrada, el último símbolo, etc. Mostraba mucha devoción y varios me los repetía, de lo que me llenaba de mucha confianza. Murió en su silla, en sus sentidos y habla; mucha conformidad, resignación y obediencia, y sobre todo la humildad, pues se incomodaba cuando lo trataban con respeto. En fin, mi hermano, todas sus demostraciones hasta finar, no solo fueron de cristiano, sino de cristianísimo. Tuvo desde el principio un pleno conocimiento de su muerte. ¡Oh! qué consuelo para toda la familia y para todos nosotros! Digo, pues, que **incomprehensibilia sunt judicia ejus**, etc. (Son incomprensibles los juicios suyos). ¿Y este hombre hará falta? El tiempo lo dirá. Encomiéndelo a Dios, pues tenía buenas intenciones”.

CONCLUSION

Cuánto fue el amor de Nariño por su patria, aún no lo ha alcanzado a decir la historia. Ese amor lo llevó a iniciar la independencia con su publicación de los Derechos del Hombre, comprometiendo su libertad y su fortuna. Ese amor lo envió cuatro veces a la cárcel y dos al destierro. Ese amor destruyó su salud y minó su felicidad y la de los suyos. Ese amor le hizo soportar calumnias y desdoras. Ese amor lo hizo morir en la miseria sin dejar otra cosa que recuerdos y cenizas. No vale hacer suposiciones que hubieran cambiado el curso de la historia, pero, ¿qué hubiera sido de la Nueva Granada si Nariño vence en Pasto, avanza sobre Quito y la ocupa, extiende la libertad hasta las provincias meridionales de Cuenca y Loja y regresa victorioso a Santafé? Hoy lo llamaríamos Libertador. No fue así, sin embargo, su título no es menos glorioso y perpetuamente le llamaremos el Precursor de la independencia colombiana. Nuestro Precursor.

ALGUNOS DE LOS LIBROS QUE SE CONSULTARON

- Eduardo Posada y Pedro María Ibáñez — *El Precursor* - Imprenta Nacional, Bogotá, 1903.
- José Manuel Pérez Sarmiento — *Proceso de Nariño*. Tomo I. - Imprenta de M. Alvarez. Cádiz, España, 1914.
- José María Espinosa — *Memorias de un Abanderado* - Imprenta Nacional, Bogotá, 1942.
- Guillermo Hernández de Alba — *El Proceso de Nariño a la luz de documentos inéditos*. Editorial A. B. C. Bogotá, 1958.
- Guillermo Hernández de Alba — *Diez años en la Vida de Nariño*. Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo. Bogotá, 1965.
- Oswaldo Díaz Díaz — *Copiador de Ordenes del Regimiento de Milicias de Infantería de Santafé* - Sección de Imprenta y Publicaciones del Ministerio de Guerra, 1963.
- Mayor Camilo Riaño — *La Batalla de Juanambú* - Imprenta de las Fuerzas Militares. Bogotá, 1965.
- Academia Colombiana de Historia — *Segundo Centenario del Nacimiento de Don Antonio Nariño* (varios artículos). Editorial Kelly. Bogotá, 1965.

INDICE

Explicación	3
-------------------	---

CAPITULO I

El Territorio	5
Las Autoridades	7
Los Habitantes	9
Las Regiones	11
Las Comunicaciones	13
Las Industrias	15
Las Costumbres	16
Los Comuneros	17

CAPITULO II

Los Padres	18
Nacimiento y Estudios	20
Viajes y Matrimonio	21

CAPITULO III

Cargos en la Administración	23
La Tesorería de Diezmos	24
Las iniciativas económicas de Nariño	26

CAPITULO IV

La Tertulia	28
La Impresión de los Derechos del Hombre	31

CAPITULO V

Los Pasquines	33
La Primera Prisión	35
El Viaje	37

CAPITULO VI

En Busca de Ayuda para la Independencia	40
El Regreso	42

CAPITULO VII

La Segunda Prisión	46
El Milagro del Campo	49
La Independencia se aproxima	50

CAPITULO VIII

Por tercera vez en prisiones	53
------------------------------------	----

CAPITULO IX

Antecedentes de la Revolución del 20 de Julio	59
Los Chapetones	60
El Florero	61
El pueblo en la calle y en la plaza	63
Las Campanas de la Catedral	65
El Cabildo Extraordinario	67
Lo que fue el 20 de Julio	69

CAPITULO X

Ante la revolución triunfante	71
Santafé y las Provincias	72
Una vida que se apaga y un periódico que nace	74
Las noticias muy gordas	77
Un golpe de opinión	78
Carracos y pateadores	79

CAPITULO XI

Comienzan las guerras civiles	81
-------------------------------------	----

CAPITULO XII

La independencia absoluta de Cundinamarca	85
Los peligros en el sur de la nueva Granada	87

CAPITULO XIII

Auxilios a Bolívar para la campaña admirable	89
Comienza la campaña del sur	90
Dificultades geográficas	95
Calibío	97
La espera en Popayán	98
La Batalla de Juanambú	99
Los trágicos ejidos de Pasto	102

CAPITULO XIV

La entrega y la cuarta prisión	105
El largo camino	108

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS-ANGEL ARANGO
CATALOGACION

CAPITULO XV

Esos cinco años	110
Nuevamente en libertad	112
La atracción de la tinta de imprenta	113

CAPITULO XVI

En el poder otra vez	115
El más doloroso episodio	116
El regreso a la sencillez del campo	118
Conclusión	121
Algunos libros que se consultaron	122



La "Biblioteca del Campesino" es uno de los elementos de acción con que cuenta Acción Cultural Popular —Escuelas Radiofónicas— para lograr la educación integral del pueblo y especialmente del campesino adulto.

Las emisoras de Radio Sutatenza, las grabaciones, el semanario EL CAMPESINO, las cartillas, la correspondencia, los cursos de extensión y los Institutos Campesinos son utilizados también para colaborar en la consecución del progreso social, del desarrollo económico y de la elevación cultural, que dependen del mismo pueblo, protagonista, actor y autor de su propio mejoramiento personal y social.

La educación del pueblo es la mejor inversión para un país.

La persona humana tiene derecho a elegir su estado, su profesión y su trabajo.

Los poderes públicos deben favorecer y ayudar a la iniciativa privada.

La razón de ser del Estado, es la realización del bien común.

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS ANGEL ARANGO
CATALOGACION

Todos y cada uno podemos y debemos mejorar cada día.

El porvenir de Colombia depende del pueblo y de sus dirigentes.

La dignidad del hombre se actualiza cuando este progresa en lo espiritual, en lo cultural, en lo social, en lo económico, en lo laboral, en lo familiar y en lo individual. Dios hizo al hombre capaz de perfeccionarse en todos los órdenes. Perfeccionarse es dar gloria a Dios.

Cualquiera que sea el progreso técnico y económico, no habrá en el mundo justicia, ni paz, mientras los hombres no vuelvan al sentimiento de la dignidad de criaturas, de hijos de Dios, de primera y última razón de ser de toda realidad creada por EL.

El desarrollo económico debe ir acompañado y proporcionado con el progreso social.

La persona humana tiene derecho a la habitación, al trabajo, a un descanso conveniente, a la recreación, a los medios indispensables para la subsistencia, a la salud, a una educación básica más elevada, a una formación profesional más completa.

Los que tienen más bienes los han recibido de Dios, para su perfección propia y provecho de los demás.

Por la caridad, con la verdad y la justicia, debemos buscar la paz social.

La "Biblioteca del Campesino" es un servicio más de ACPO para la cultura del pueblo.

**POR AHI
SI ES..**

**Un hombre
bien informado
es un hombre
que puede más**

**INFORMESE
ORIENTESE
Y APRENDA
NUEVAS
TECNICAS
EN**



“EL CAMPESINO”

**El primer semanario de Colombia, al servicio
y en defensa de los campesinos de Colombia.**

“EL CAMPESINO” es su amigo permanente.

BIBLIOTECA DEL CAMPESINO

UN LIBRO POR

UN HUEVO

Libros Publicados:

EVANGELIO DE SAN LUCAS

LA MADRE Y EL NIÑO

LA VACA DEL CAMPESINO

QUE BUENO SER COLOMBIANO

CHISPA Y BUEN HUMOR

JUEGOS Y DIVERSIONES

X PRIMEROS AUXILIOS

PRODUCTIVIDAD

VERDURAS Y FRUTAS

EDICION PATROCINADA POR EL
BANCO DE LA REPUBLICA